

ECUADOR

La prehistoria y sus investigaciones arqueológicas revelan que el Ecuador fue habitado por el hombre muchos siglos antes de la Era Cristiana siendo los primeros habitantes de raza australoide, cuyo asiento primitivo estuvo en el hoy territorio brasileño desde donde se desplazaron hacia el resto del continente; aunque los estudios étnicos y lingüísticos que realizan las instituciones científicas van estableciendo una infinidad de tipos humanos y una variedad de idiomas aborígenes, algunos de raíces similares, lo que prueba que se produjeron inmigraciones de diferente origen. Los Maya-Quichés de civilización bastante adelantada llegaron al Ecuador por las costas, los Chibchas y Caribes llegaron de Colombia por el norte, los Amazónicos vinieron por el oriente y los Collas y Quechuas llegaron del Perú y Bolivia.

La nacionalidad ecuatoriana se asienta al igual que en los demás países latinoamericanos en la fusión de las culturas aborígenes con la hispánica, siendo esta última la que prevalece.

Quito la capital del Ecuador fue fundada por el conquistador Sebastián de Benalcázar que fundó la ciudad con el nombre de San Francisco de Quito.

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA ESPAÑOLA DEL REINO DE QUITO

Algunos años después que Cristóbal Colón llegó a las Islas del Mar de las Antillas, el 12 de Octubre de 1492, y de los primeros viajes de los descubridores de América que exploraron las islas y partes de Centro-América, se organizaron las expediciones de los conquistadores españoles; y mientras un grupo con Hernán Cortés se dirigió ha-

cia México, otro, con Juan de la Cosa y Vicente Yañez Pinzón, marchaban a la exploración de las costas suramericanas del Atlántico.

El año 1513 Vasco Núñez de Balboa cruzó el Istmo de Panamá y descubrió el Océano Pacífico. Los indios panameños informaron a los españoles de las abundancias de oro que existía en las tierras del Sur, y es entonces cuando comienzan las tentativas expedicionarias hacia las costas occidentales del Continente suramericano.

Las primeras expediciones salidas de Panamá en 1522 hacia el Sur, fracasaron debido a las tempestades, las enfermedades, la insuficiencia de vituallas y la ferocidad de los indios que encontraron en las costas colombianas donde desembarcaron.

Posteriormente, dos españoles que se habían establecido en Panamá organizaron de nuevo

las exploraciones hacia el Sur. Ellos eran: Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Pizarro fue el realizador y Almagro el organizador de los recursos económicos y militares.

En noviembre de 1524 en frágiles embarcaciones construidas para el propósito. Pizarro con 112 hombres y varios caballos emprendieron el viaje rumbo al Sur, procurando no perder de vista la costa. Les siguió Almagro con otros medios, pero esta primera expedición sufrió accidentes y penalidades semejantes a las sufridas por la de Andagoya dos años antes. Con muchas pérdidas en su personal, ocasionadas por las enfermedades y por la ferocidad de los indios tuvieron que regresar a Panamá.

Este fracaso no desmoralizó a los conquistadores, y encontraron un nuevo socio, Hernando de Luque, que aportó 200,000 pesos a nombre de Gaspar Espinosa, y planearon una nueva expedición mediante un solemne documento firmado el 10 de marzo de 1526 por Pizarro, Almagro y Luque. Pocas semanas después, partía el segundo viaje de exploración con mejor avituallamiento, habiendo llegado hasta el Río San Juan de la costa colombiana donde desembarcaron.

Almagro regresó a Panamá, mientras el piloto Bartolomé Ruiz con pocos hombres, por orden de Pizarro, emprendían viaje al Sur en una de las embarcaciones.

EN LAS COSTAS DEL REINO DE QUITO

Mientras Francisco Pizarro se quedó en el Río San Juan con la mayoría de su gente, Bartolomé Ruiz con pocos hombres, siguió en su barquichuelo hacia el Sur lentamente conociendo la costa, hasta que llegaron a la Bahía de San Mateo y a la desembocadura de un ancho río donde vieron varias chozas humeantes. Al desembarcar hallaron a los indios pacíficos y curiosos por la extraña embarcación. Eran los indios del pueblo de Tacámez entre los que estuvieron los españoles dos días, habiéndoseles ofrecido adornos de oro y esmeraldas. Este fue el origen del nombre del río de las Esmeraldas y de la porción de tierra circundante.

Ruiz continuó su viaje al Sur, y pasando frente a las costas de Manabí encontró otras agrupaciones indígenas. Pudo mirar muy lejos hacia el Este la blanca figura del Chimborazo, y encontrarse en pleno mar con una pequeña embarcación de aborígenes tumbecinos que traían adornos de oro, cántaros y tejidos para comerciar sin duda con los manabitas y esmeraldeños. Le informaron también de los poderosos Incas, dueños de riquezas y de inmenso territorio.

Llegó hasta la Isla de la Plata, y con los valiosos objetos e informaciones obtenidas retornó a San Juan donde lo esperaba Pizarro.

Cuando la gente de Pizarro comenzó a desmoralizarse por el hambre y las enfermedades, llegaba Ruiz con las irrecusables pruebas de la realidad del Tahuantinsuyo, y llegaba también Almagro de Panamá con víveres y algún personal más. Estos factores alentaron a la expedición, haciéndoles avanzar a la Bahía de San Mateo conocida ya por Bartolomé Ruiz. Llegaron a la ciudad indígena de Tacámez, donde hallaron muchas casas con sembradíos, especialmente de maíz.

Surgieron discrepancias entre los jefes expedicionarios, y Almagro retornó a Panamá en pos de auxilios. Mientras tanto, para evitar los frecuentes ataques de los indios, Pizarro con su gente pasó a la Isla del Gallo donde esperó muchas semanas y meses sin que llegara el auxilio esperado, hasta que un día llegó un barco que traía a un agente del gobernador de Panamá, llamado Tafur, con la orden de que regresara Pizarro en vista del fracaso de la expedición. Pero la expedición no había fracasado. Pizarro reaccionando enérgicamente a pesar de las enfermedades que sufrían los suyos, enardecido invitó a que le siguiesen quienes lo desearan.

Solamente trece valerosos le siguieron y los demás regresaron a Panamá en el navío de Tafur. Esos valientes son "los trece de la fama".

Pizarro pasó de la Isla del Gallo al Islote La Gorgona para mejorar su defensa contra los ataques de los indios.

Siete largos meses vivieron en la desesperanza y alimentándose de pescado y animales de la

montaña, hasta que llegó una embarcación en la que arribó el valeroso compañero de Pizarro, Bartolomé Ruiz, que venía de parte de Hernando de Luque a llevarlo al Istmo para salvarlo.

Pizarro con su extraordinario carácter y energía rechazó también esta vez la idea del regreso, y con Ruiz, embarcando a los enfermos en el barquichuelo, siguió viaje al Sur hasta Túmbez, donde desembarcó en los momentos que se desarrollaba la sangrienta guerra civil de los Incas entre Quito y el Cuzco.

Sólo entonces Pizarro volvió a Panamá llevando los testimonios del resultado de su empresa: objetos y adornos de oro, tejidos, unas pocas llamas y otras cosas que obtuvo voluntariamente de los indígenas, a cambio de pequeños objetos.

PIZARRO REGRESA A ESPAÑA

Con el propósito de efectuar la conquista del territorio cuyas costas acababa de explorar, Francisco Pizarro trasladose a España para tratar directamente con el Emperador y efectuar una *Capitulación* o contrato; mas, al llegar a su patria fue llevado a la cárcel por una acusación de deudas no pagadas.

Conociendo el Emperador Carlos V la noticia, ordenó la libertad de su valiente súbdito y la presentación en la Corte, donde Pizarro con toda hombría y sinceridad hizo conocer al Monarca los detalles de sus exploraciones y aventuras en "Las Indias" entregándole las pruebas traídas como ofrenda.

Carlos V le concedió a Pizarro cuanto éste le pidió, y se firmaron las "Capitulaciones" el 26 de julio de 1529 en Toledo, mediante las cuales el Rey concedió a Francisco Pizarro la gobernación y capitania general del vasto territorio del Tahuantinsuyo aunque con delimitación imprecisa, puesto que eran tierras desconocidas. Concedióle también 500.000 maravedises de ayuda para la conquista y autorización para llevar no menos de 250 expedicionarios. Así mismo, atribuciones para fundar ciudades, crear Cabildos, y organizar la nueva vida en aquella parte de las Indias.

Entre otras concesiones el Emperador dio el título de Marqués a Pizarro, título de "Hidal-

gos" o "Caballeros" a los héroes de la Gorgona, "los trece de la fama"; de comandante de Tumbéz con renta de 300.000 maravedises a Diego de Almagro; el Obispado de Tumbéz para Hernando de Luque; y al andaluz descubridor de las Costas del Reino de Quito, Bartolomé Ruiz gran piloto de la Mar del Sur con 75.000 maravedises anuales.

Luego de firmadas las capitulaciones, Pizarro fue a su ciudad natal, Trujillo, a conseguir contingentes expedicionarios e invitar a sus hermanos Gonzalo, Hernando y Juan Pizarro, y Martín Alcántara (hermano de madre) a tomar parte en la empresa conquistadora. Luego, con su gente nueva, regresó a Panamá donde sus socios no se sintieron muy satisfechos por las concesiones reales obtenidas, debido a la preeminencia dada a Francisco Pizarro; pero una vez que contaban ya con el apoyo de la Corona, autoridad, hombres, dinero, provisiones y caballos, continuarían la empresa.

NUEVA EXPEDICION A LA COSTA DEL REINO DE QUITO

En enero de 1531, partió de Panamá rumbo al Sur la tercera y definitiva expedición de Francisco Pizarro en tres embarcaciones, con 180 hombres, 37 caballos, equipo y provisiones. Otro contingente de 130 hombres partió más tarde con Sebastián de Benalcázar y Hernando de Soto.

Navegaron directamente hasta la costa esmeraldeña, llegando a Tacámez a los trece días, y una vez tomado el pueblo sin dificultad, Pizarro dividió sus fuerzas en dos fracciones: la una con los caballos debía seguir por tierra a lo largo de la costa, y la otra seguiría por el mar sin perderse de vista para apoyarse en caso necesario. De Tacámez al Sur, fue cuando se inició la lucha contra los elementos de la naturaleza y contra los hombres hostiles. Pues, además de los combates contra los indios que les atacaban, tuvieron serias dificultades por las enfermedades extrañas, mordeduras de bichos y culebras, malezas y pantanos, y las torrenciales lluvias tropicales que les aniquilaba y restaba muchos hombres.

Llegaron a Coaque, ciudad considerable donde encontraron a los indios adornados con objetos de oro y que les obsequia-

ban esmeraldas como si fueran cosas de muy poco valor.

En este pueblo los conquistadores tuvieron que detenerse alrededor de siete meses reponiéndose las pérdidas sufridas; y desde aquí, Pizarro envió dos de sus naves a Panamá y una a Nicaragua con el oro, plata y esmeraldas que pudo obtener, con el fin de enganchar más gente para reforzar la conquista. Efectivamente, al poco tiempo regresaron los navíos de Panamá a Coaque con 56 hombres y 26 caballos.

Pizarro con su gente, siguiendo al Sur, pasó a la Provincia que llamaron "Puerto Viejo" conquistando toda la comarca. Entre los indios Carakes y Mantas encontró la habilidad de reducir las cabezas humanas al tamaño de un huevo, sin que perdieran las facciones y detalles personales, las "tzantzas" que eran los trofeos de la victoria. (Esta costumbre es la misma que se encontró posteriormente entre los jíbaros de la Región Oriental, y que existe hasta la actualidad en algunas tribus amazónicas salvajes).

Estando Pizarro en Puerto Viejo, llegó Sebastián de Benalcázar desde Nicaragua con eficaz ayuda.

Por los indios de las tribus conquistadas tuvieron noticias del rico y poderoso "Gran Chimú" que era el Sur del Imperio de los Incas.

Continuando hacia el Sur encontraron varios pueblos hasta llegar a *Muey*, en la Península de Santa Elena, importante asiento de los Huancavilcas. Luego siguiendo por la costa llegaron a Eugabao, Lindao y Pasorja, donde atravesaron el Canal del Morro arribando a la Isla Puná.

En Puná los indios les recibieron con aparente amistad, y los expedicionarios permanecieron varios meses consumiendo los sembríos de los indios y atrayendo a sus mujeres, hasta que los aborígenes indignados les atacaron con ferocidad. Hubieron momentos en que los españoles se vieron perdidos de no ser por la oportuna llegada de Hernando de Luque con cien hombres y varios caballos.

Los españoles reaccionaron y arrasaron la población indígena hasta dejarla en escombros y ahuyentar a los indios que pudieron sobrevivir. Luego se embarcaron en las naves de Soto

y se dirigieron a Tumbéz.

Poco tiempo estuvieron en Tumbéz, y dividiéndose otra vez en dos grupos, el uno por tierra y el otro por mar, siguieron al sur hasta el Valle de Tangalara (Talara), donde en julio de 1532 fundaron la primera ciudad en territorio del Tahuantinsuyo, San Miguel de Piura que serviría como puerto central para las operaciones de conquista a la Sierra.

Con las informaciones obtenidas de los indios tumbecinos acerca de la sangrienta guerra civil que libraban los ejércitos de Huascar y Atahualpa en el interior, dedujeron que había mayor facilidad para la conquista y el sometimiento de esos pueblos, y dejando una pequeña guarnición en San Miguel, marcharon resueltamente hacia el interior en dirección de la Cordillera el 24 de septiembre de 1532.

En un ascenso al altiplano no encontraron resistencia como la de los Tacames, Caraquez y Punáes, y más bien les recibían amistosos mensajeros del Emperador Atahualpa que había triunfado sobre su hermano Huascar y acababa de someter a todo el Sur del Tahuantinsuyo, cuya capital era el Cuzco.

Después de larga marcha y pasando por varios pueblos indígenas de la Sierra, llegaron a un pintoresco valle cubierto de sembradíos, donde estaba la importante ciudad de Cajamarca.

CAIDA DEL IMPERIO DE LOS INCAS. CAPTURA Y MUERTE DE ATAHUALPA

Al llegar Pizarro a Cajamarca, supo que el Emperador Atahualpa se encontraba tomando unos baños en una población muy cercana, y mandó emisarios invitándole a una entrevista. Pues, sabiendo que Atahualpa tenía en Cajamarca miles de guerreros, ideó uno de los más audaces golpes para capturarlo sorpresivamente con su pequeño grupo de soldados.

Atahualpa aceptando ingenuamente la invitación a la entrevista, en la tarde del 16 de noviembre entraba a la plaza de Cajamarca conducido en andas y rodeado de 30.000 súbditos que curiosos, desprevenidos e indefensos acompañaban a su Emperador. Sorpresivamente los españoles atacaron a la muchedumbre indígena con todos sus



medios de caballería y retumbante artillería, produciéndoles espanto y confusión.

Pizarro capturó de esta manera a Atahualpa, cayendo así el Imperio de los Incas en manos del pequeño grupo de audaces españoles.

Atahualpa desde su prisión ofreció un rescate fabuloso, consistente en el cuarto de su prisión lleno de oro y plata, prometiendo además el reconocimiento al Rey Carlos V y aún el cambio de religión. Durante el mes de junio los españoles seguían recibiendo por el rescate gran cantidad de oro y plata procedente de todas partes del Imperio, y solamente del Cuzco habían traído "doscientas cargas de oro y veinticinco de plata". Procedieron a la fundición de estos metales y luego al reparto entre los conquistadores, tocándole al Rey de España sólo por el derecho de sus "Quintos" en dos etapas, la cantidad de 100.000 y 165.000 pesos de oro y 165.000 marcos de plata.

Una vez satisfecha la codi-

cia de los españoles imperaron siniestros planes contra el cautivo Emperador de los Incas, a pesar de la justa defensa de un grupo encabezado por Hernando Pizarro y Hernando de Soto que consideraban más conveniente la subsistencia del Emperador y el envío a España con los honores de Príncipe.

LA CONQUISTA DEL REINO DE QUITO. EXPEDICION DE BENALCAZAR

Entre los conquistadores españoles dirigentes, estuvo Sebastián de Benalcázar (o Belalcázar), a quien por sus altas dotes de jefe, Pizarro le nombró "Teniente de Gobernador" de la primera ciudad porteña fundada, "San Miguel de Tangarara o de Piura".

La cantidad de oro y plata entregada por los indios para el rescate de Atahualpa y las narraciones de los tesoros existentes en los territorios de Quito de donde procedía el Emperador, entusiasmó a los vecinos de

San Miguel, y se hicieron los preparativos para la expedición hacia el Norte.

Al mismo tiempo, Benalcázar tuvo noticias de que en Guatemala, el Gobernador Pedro de Alvarado con las informaciones dadas por un Juan Fernández que se había retirado del grupo de Pizarro después del reparto del botín de Cajamarca, hallábase preparando su expedición hacia el Reino de Quito, y entonces decidió acelerar la suya.

Alistando 200 hombres, 80 caballos, víveres, ovejas y cerdos, que en verdad eran pocos elementos para tan grande empresa, salió en dirección Noreste en los últimos meses de 1533 sin que Pizarro tuviera conocimiento. Mientras tanto, los pueblos del Reino de Quito se preparaban para la resistencia contra los extranjeros "barbudos" que habían asesinado a su Emperador, siendo el organizador de esa resistencia el Cacique Rumiñahui, uno de los generales de Atahualpa que le acompañó a la campaña sobre el Cuzco y pre-

senció la masacre del 16 de noviembre en Cajamarca, de donde huyó a Quito con otros jefes.

Rumiñahui, Quisquis y Calicuchima, hicieron planes para la resistencia, y cuando supieron que Benalcázar había salido de San Miguel, Rumiñahui despachó una avanzada a la tierra de los Paltas, pero los indios que jamás habían visto los caballos, huyeron despavoridos.

Al acercarse Benalcázar a Tomebamba, una comisión de cañaris fue a ofrecerle su ayuda para la marcha sobre Quito, habiendo contribuido con maíz, "charqui" (carne salada), con guías y un ejército de 11.000 guerreros. Así, con el auxilio de los cañaris, Benalcázar continuó su movilización con precauciones, llegando a los Valles de Liribamba (Riobamba) a los seis meses.

Varias escaramuzas se produjeron con las avanzadas indígenas, hasta que en los campos de *Tiocajas* tuvo lugar la gran batalla de 12.000 guerreros de Rumiñahui contra los doscientos españoles y once mil cañaris, en la que los indios quiteños pelearon con ferocidad, sin temor ya al caballo ni al estampido del cañón y de los arcabuces. Los españoles tuvieron momentos de desesperación, pero ayudados por las sombras de la noche y la traición de algunos indios, pudieron evadir la derrota que se presentaba.

Rumiñahui prosiguió su campaña, pero le vinieron las traiciones de los indios resentidos y luego la erupción del Tungurahua en julio de 1534 que para la superstición de los indios era el anuncio de la tragedia. La mayoría de indios se desbandó aterrorizada, pero Rumiñahui en su retirada fue incendiando las chozas de Mocha y Llactacunga, y al llegar a Quito procedió también a destruir la ciudad, sacando previamente todos los idoles y joyas de los templos y evacuando a toda la población, de manera que cuando llegó Benalcázar sólo encontró escombros de lo que fue la gran capital de los Shiris y del último Inca-Shiri.

Benalcázar continuó al norte hacia Quinche, Cayambi y luego a Caranqui donde existía un adoratorio del Sol o "inti-huasi" con paredes tapizadas de plata. El Cacique que por entonces era un cañari (debido a la concentración de "mitimaes" de origen

austral que hicieron los incas), ofreció a Benalcázar como presente once cántaros de plata y trece de oro; regresando los españoles a Quito, donde tuvieron que hacer frente al asedio de los indígenas y particularmente de las huestes de Tucomano, cacique de Llactacunga, y de Quimbalemba, cacique de Chillo.

FUNDACION DE LA PRIMERA CIUDAD ANDINA DE SANTIAGO DE QUITO

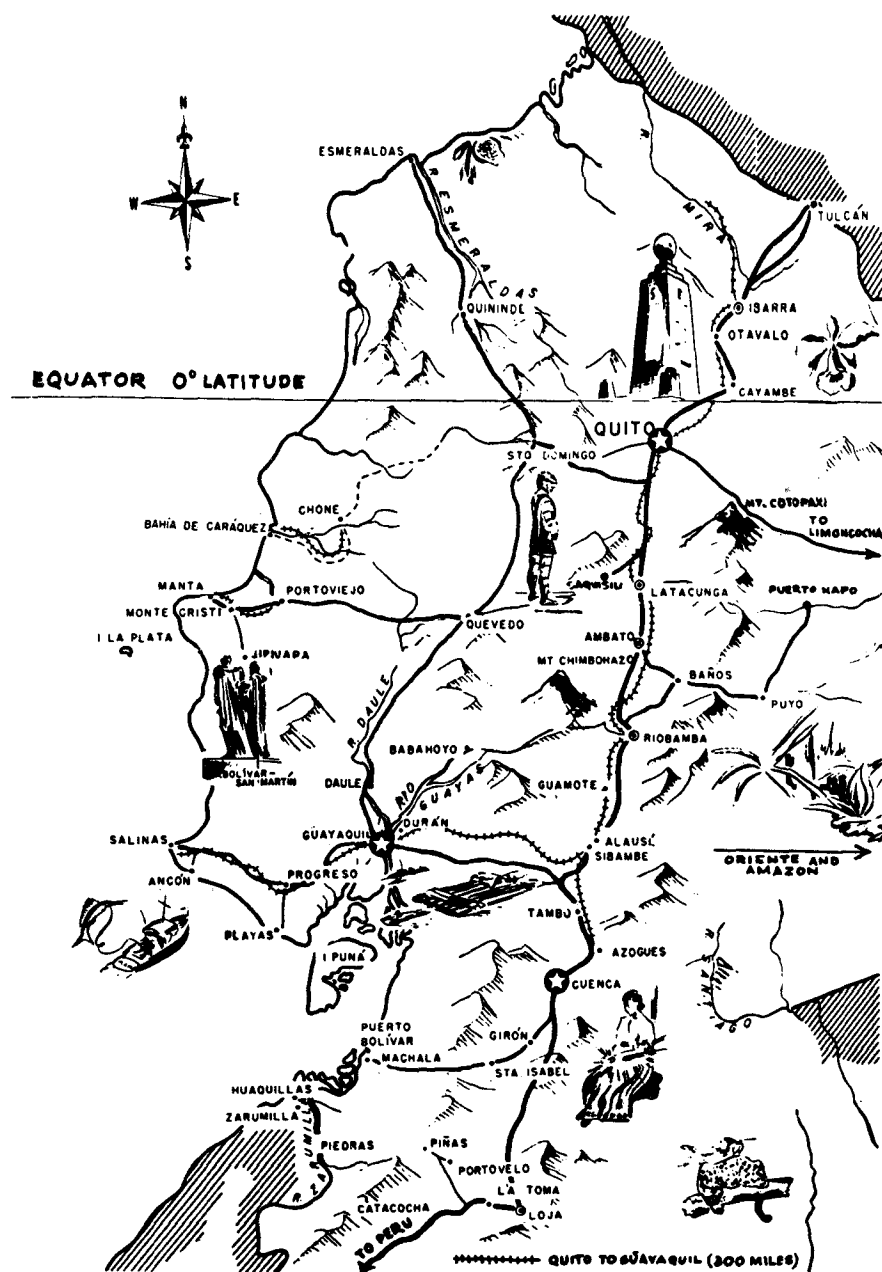
Sebastián de Benalcázar, sorpresivamente recibió la noticia que de Liribamba, pueblo de los Puruhaes le llamaba el español Diego de Almagro que había llegado con un destacamento. Al acudir se le pidieron explicaciones por haber abandonado la Tenencia de San Miguel sin autorización del Capitán General

Pizarro. Respetuosamente dio las explicaciones de haberse adelantado al conocer que desde Guatemala el Gobernador Pedro de Alvarado preparaba su expedición a estos territorios.

Almagro y Benalcázar prosiguieron juntos la conquista, y el 15 de enero de 1534 fundaron la primera ciudad andina de *Santiago de Quito* en el mismo sitio de las ruinas de Liribamba (Cicalpa), con 68 vecinos, de la gente española que manifestó el deseo de quedarse habiendo constituido su Cabildo de soldados.

EXPEDICION DE PEDRO DE ALVARADO

Procedente de Guatemala, llegó en marzo de 1534 a la Bahía de Caraquez la expedición más grande y mejor equipada que todas las anteriores; la de





Monumento de los Libertadores: Simón Bolívar y San Martín, situado en Guayaquil.

Pedro de Alvarado con ocho buques, 500 españoles, inclusive mujeres, 2.000 indios y 227 caballos. Apenas desembarcó, dejando un pequeño destacamento, siguió hacia el interior del país, dirigiéndose hacia el Sureste hasta llegar al curso superior del río Daule, para luego tomar al Este, cruzando las montañas tropicales. Todas las circunstancias fueron hostiles para los expedicionarios. Pues, a más de la inelmente vegetación que obligaba a abrir trochas con sables y machetes; los pantanos, viboras y bichos que les desesperaba; fueron también abandonados por

muchos indios que huyeron, debido a la desatinada crueldad de Alvarado y de algunos españoles. Les faltó alimentos y mucha gente moría en el camino. Algunos tuvieron aún que arrojar los arcabuces para aligerar el peso; sufrieron dificultades desesperantes tanto en la enmarañada selva tropical como en los helados pasos de riscos y precipicios de la Cordillera.

Pasando por cerca del Chimborazo y por entre los cerros de Quispicacha y Sagoatoa, llegaron a Quisapincha cerca de Ambato, habiendo perdido en el viaje 85 españoles, inclusive mu-

jerres, más de mil indios y muchos caballos.

Alvarado tomó contacto con Almagro, solamente debido a las circunstancias desgraciadas del primero y a la hostilidad indígena que le rodeaba al segundo y llegaron a suscribir un arreglo mediante el cual Alvarado terminaba su expedición recibiendo 100.000 pesos de oro, pasando el personal y medios que le quedaban a órdenes de Almagro y Benalcázar que a nombre de Pizarro continuarían la conquista del territorio de Quito. Alvarado debía partir con Almagro al Perú para recibir los 100.000 pesos acordados.

FUNDACION DE SAN FRANCISCO DE QUITO Y FIN DE LA RESISTENCIA INDIGENA

Almagro antes de partir al Sur, decidió fundar la "Villa de San Francisco de Quito" en el lugar indicado por Benalcázar donde antes había sido la capital del Reino, habiéndose sentido el Acta de fundación el 28 de agosto de 1534. Designó a Sebastián de Benalcázar Teniente de Gobernador de Quito, quien debía proseguir hasta terminar la conquista de todos los pueblos del norte y efectuar las fundaciones nominales de Almagro, y nombró también a los principales funcionarios para el Cabildo.

Partió Almagro al Perú y Benalcázar seguía combatiendo con los indios y ocupando el territorio, habiendo transcurrido algunos meses para llegar de nuevo al sitio de los escombros dejados por Rumiñahui. Allí realizó la fundación efectiva de San Francisco de Quito, el 6 de diciembre de 1534, posesionando a los Alcaldes y Regidores, e inscribiendo a los 203 españoles y dos negros que fueron los primeros vecinos de Quito. Dos semanas más tarde se hizo el trazado de la nueva población y el reparto de solares. Luego, la vida doméstica comenzó a organizarse con la colaboración de la mujer indígena y de los sirvientes aborígenes o "yanacunas".

La resistencia dispersa de los pueblos de Quito continuaba pertinaz, y sólo la energía de Benalcázar y la dureza de Pedro Puelles y Juan de Ampudia fueron capaces de combatirla hasta

acabar con muchos caciques y capturar a Rumiñahui en un lugar casi inaccesible de la Cordillera oriental en su propia región de Pillaro. Rumiñahui fue sometido a torturas para que declarase el lugar donde había escondido los tesoros, pero soportó todos los tormentos sin declinar su valor, hasta que en enero de 1535 los españoles ahorcaron al héroe, extinguiéndose con su vida la resistencia y el valor indígena y desbandándose las huestes guerreras desmoralizadas hacia las montañas y hacia las selvas orientales.

CONQUISTA DEL NORTE Y PRIMERAS FUNDACIONES

Consolidando Benalcázar sus conquistas, se extendieron por los valles de las inmediaciones

de Quito y luego siguió hacia el norte hasta el Valle del Cauca, donde fundó en 1536 y 1537 las ciudades de Popayán y Cali. Avanzando más al norte se encontró en las Mesetas de Cundinamarca con otro grupo de españoles que había avanzado desde el norte capitaneados por Jiménez de Quezada que fundó Santa Fe de Bogotá el 6 de agosto de 1538.

EXPLORACIONES AL ORIENTE - DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS

Siendo Gonzalo Díaz de Pineda Teniente Gobernador de Quito, tuvo conocimiento de la existencia del País "Dorado" y preparó la expedición al oriente, saliendo en septiembre de 1538.

Transmontando la Cordillera, pasó cerca del Antisana y siguiendo la cuenca del Río Maspá llegó hasta el Valle del Cosanga donde encontró varias tribus bravas. Las dificultades de la selva le obligaron a regresar sin haber obtenido ninguna riqueza.

En 1540 Gonzalo Pizarro, Gobernador de Quito, comenzó a preparar muchos elementos para otra expedición al "País de los Quixos y la Canela". En marzo de 1541 partió hacia el oriente con 350 españoles, unos 4.000 indios cargadores, muchos caballos, ovejas, cerdos, gallinas y gran cantidad de abastecimientos. Parece que para transmontar la Cordillera, Pizarro siguió la misma ruta que Díaz de Pineda, aunque hay probabilidades que lo hizo por el Quinche y Oyacachi siguiendo la cuenca del Oyacachi hasta llegar al Río Quijos.

La travesía de la Cordillera fue muy larga y lamentablemente dolorosa, sufriendo la pérdida de los indios que morían o huían, de los animales y de las provisiones.

Francisco de Orellana, Capitán y Teniente de Gobernador de la ciudad de Santiago de Guayaquil y de la Villa de Puerto Viejo, conociendo las noticias del país de La Canela, vino también a Quito a fines de 1540 a manifestarle al Gobernador Gonzalo Pizarro su deseo de acompañarle en la expedición al Oriente, llevando su personal y a su propia costa. Orellana regresó a Guayaquil para dejar arreglados sus asuntos y preparar sus expedicionarios en lo que gastó más de 40.000 pesos de oro. Al regresar Orellana a Quito, se encontró con que la expedición del Gobernador Pizarro había partido pocos días antes, y decidió seguirle tomando el mismo camino para alcanzarlo.

También la expedición de Orellana sufrió las mismas penalidades y pérdidas que las de Pizarro a tal punto que el sacerdote dominicano Fray Gaspar Carvajal que acompañó a la expedición y escribió la narración del viaje, dice: "cuando alcanzó Orellana al dicho Gonzalo Pizarro no llevaba sino una espada y una rodela, y sus compañeros por el consiguiente"... (Relación de Fray Gaspar de Carvajal, publicada por el I. Municipio de Quito).



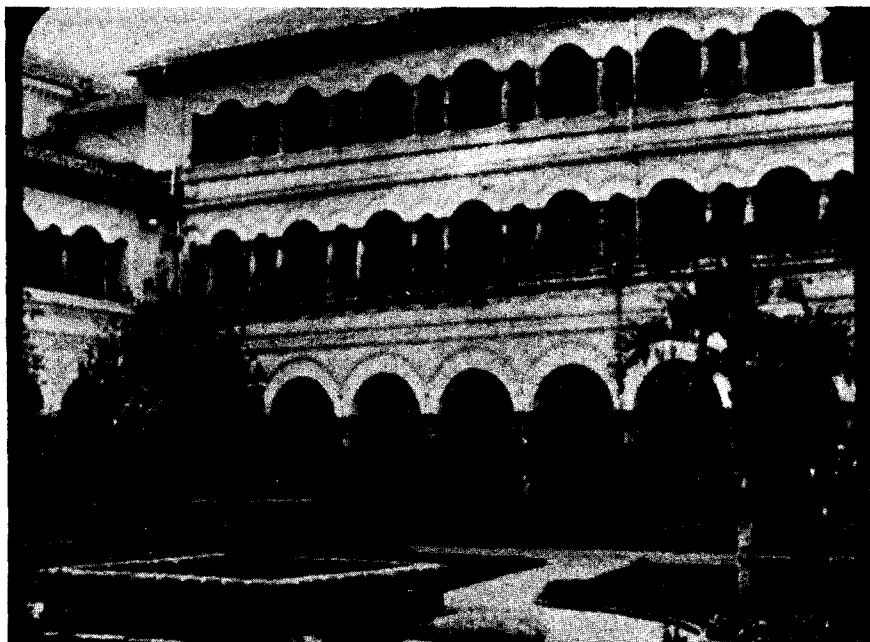
Los expedicionarios encontraron varias tribus de indios y pudieron conseguir algunos alimentos. Al llegar a un punto del Río Coca donde ya es navegable, Pizarro ordenó construir una embarcación, obteniendo la madera de la montaña y haciendo clavos con el hierro de algunas armas. Una vez construido el pequeño barco puso en él a los enfermos y algunas ropas y continuaron río abajo hasta un lugar donde "no hubo más poblado y carecieron de comida, y los compañeros iban muy descontentos y platicaban de volverse y no pasar adelante..."

Orellana no consideraba honroso para el espíritu español el regresar y acordó con Pizarro que él seguiría adelante con gente voluntaria para procurar conseguir alimentos; pero en el caso que le fuere imposible regresar debido a la corriente del río o algún otro incidente "no le espere" y "no cuente con él..."

El Capitán Francisco de Orellana tomó cincuenta y siete voluntarios y siguió río abajo en el barco y unas canoas tomadas a los indios. Entró al río Napo y siguiendo aguas abajo, los expedicionarios tuvieron indecibles aventuras y muchas veces desesperados momentos frente al ataque de tribus salvajes cada vez más bravas y numerosas. "Con los ataques de los indios y con las enfermedades tropicales, Orellana perdió ocho hombres y él mismo perdió un ojo..."

Así descubrió para Quito y para España el más grande de los ríos de la tierra, el Amazonas, el 12 de febrero de 1542, y luego cruzando la parte más ancha de Sudamérica llegó al Atlántico. Dirigióse de allí a las Antillas para luego ir a España a informar al Rey del formidable descubrimiento y obtener la Gobernación del territorio por él descubierto y explorado. El Rey de España le concedió la capitania general de la Nueva Andalucía en playas amazónicas.

Gonzalo Pizarro mientras tanto, ante la vana espera a Orellana, se dio cuenta de que no volvería y emprendió el viaje de regreso, tanto o más penoso que el de entrada, habiendo llegado a Quito en junio de 1543 con sólo 80 de los 350 expedicionarios españoles que llevó. Del resto, los 57 fueron con Orellana y los demás murieron o se perdieron en la selva.



LA INDEPENDENCIA

Cuando se produjo el Primer Grito de la Independencia de la América Hispana en Quito el 10 de agosto de 1809, el patrimonio territorial quiteño posteriormente llamado ECUADOR, existía ya determinado, y jurídica y geográficamente establecido por todas las leyes españolas de la Conquista y la Colonia. Esas leyes constitutivas fueron dictadas en base de la realidad histórica del antiguo Reino de Quito y de la unidad territorial mantenida por tres siglos, aún en circunstancias del ligamen administrativo a los Virreynatos del Perú o Nueva Granada.

Se desarrollaron las Campañas Libertadoras dirigidas por Simón Bolívar y Sucre hasta dar término a la dominación española en el territorio de Quito, y el 9 de octubre de 1820 se firmó el Acta de la Independencia de Guayaquil, formándose entonces la GRAN COLOMBIA ideada por el Libertador Bolívar.

LA GRAN COLOMBIA

Reunido el Congreso de Angostura, el 17 de diciembre de 1819 decretó la unión de Venezuela con Nueva Granada que llevaría el nombre de LA GRAN COLOMBIA en honor de Colón, estando dividida la nación en tres Provincias: *Venezuela, Cundinamarca y Quito*.

Habiendo surgido dificultades y disensiones internas, Venezuela se separó de LA GRAN COLOMBIA.

Luego el Distrito o Provincia de Quito también se separó de la Gran Colombia, declarándose

nación autónoma el 13 de mayo de 1830 y designando su Presidente al General Juan José Flores. *La provincia de Quito*, según la Ley de División Territorial de 1824, constitutiva de la Gran Colombia se componía de tres Departamentos:

- 1.—ECUADOR, Capital Quito, a su vez con tres Provincias: Pichincha, Imbabura y Chimborazo.
- 2.—AZUAY, capital Cuenca, con las Provincias de Cuenca, Loja, Jaén de Bracamoros y Mainas.
- 3.—GUAYAQUIL, con las Provincias de Guayaquil y Manabí.

Esta Ley de 1824 desmembró del Territorio de la Presidencia de Quito las tierras del norte del río Carchi para formar el Departamento del Cauca que se incluyó en el Distrito de Cundinamarca.

LA REPUBLICA DEL ECUADOR

Al separarse de la Gran Colombia el Distrito de Quito, el Presidente Flores convocó inmediatamente una Asamblea Constituyente que se reunió en Riobamba con 21 diputados, 7 por cada Provincia, y dictó la primera Constitución del Nuevo Estado al que se dio a la vez el nombre de Ecuador que era el del Departamento más poblado donde estaba ubicada la ciudad de Quito. Este nombre fue adoptado por estar el país situado en la línea Equinoccial o "Ecuador"

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(2a. parte)

NOVELAS VALENCIANAS

II

Encontramos de nuevo a Blasco Ibáñez en el año de 1891. Este año señalará para él una fecha destacada en su vida, ya que en el mes de noviembre habrá contraído matrimonio con doña María Blasco del Cacho, dama perteneciente a distinguida familia valenciana. (De su matrimonio hubieron seis hijos).

Blasco Ibáñez, tiene veinticuatro años y es un mozo alto, recio, de gran prestancia varonil. Tres años ha que terminó en la Universidad Valentina su licenciatura en Derecho Civil y Canónico y, aunque con el título en el bolsillo, el incipiente autor no siente la menor atracción hacia los para él hipotéticos triunfos en el Foro. No. Blasco Ibáñez en este año de 1891 acaba de regresar de París a donde llevará, para una permanencia de dieciocho meses, azares de su vida henchida siempre de accidentes curiosos. Y es que Blasco, fiel a sus ideales republicanos, habíase mezclado en 1889 en un grave complot revolucionario y para salvar su libertad, por haber fallado la empresa, hubo de expatriarse, regresando a la patria en 1891, al promulgarse por el Gobierno español una amnistía para los delitos de carácter político.

Fruto de su estancia en la capital francesa será su libro titulado: "París", que recoge las impresiones de su estancia allí.

Blasco Ibáñez vive ya la febril inquietud del escritor, por lo que entre los años de 1888 a 1891, habrá publicado varios li-

bro: "Fantasías, leyendas y tradiciones"; "El adiós de Shubert"; "El final de Norma"; "Por la Patria" (El guerrillero Romeu) y otros más. Sin embargo, en el correr del tiempo, cuando el novelista repasa su pasado "no querrá hablar de estos hijos espúreos".

Blasco Ibáñez, temperamento batallador, hombre disparado siempre hacia iniciativas que convierte en realidades, siente bullir en su imaginación un deseo, una aspiración que a él, hombre de letras, le absorbe toda la atención. Quiere fundar un periódico. Necesita un periódico propio. Y como para su tremenda personalidad humana no existen obstáculos, intrépidamente consigue dar cima a su empresa. Y el día 12 de noviembre de 1894, aparece en Valencia el primer número de su diario: "El Pueblo".

También aquel mismo año la Compañía de Comedias, de Wenceslao Bueno, que actúa en el Teatro Apolo, de Valencia, estrena su drama: "El Juez". Pero Blasco, pronto abandonará la idea de convertirse en autor dramático, para volcar su actividad total en el periódico que ha fundado. Desde sus páginas batallará incansable. Blasco Ibáñez, con el ímpetu de su pluma, creará una conciencia republicana en un determinado sector del pueblo valenciano. Su periódico, con el estallido de su prosa, será bandera de combate.

He oído contar a ancianos seguidores suyos, que intensamente vivieron esa época, cómo Blasco Ibáñez, identificado con su periódico, era el alma y el nervio de todas sus páginas. La



por Víctor Maicas

dirección, la redacción y la administración, estaban instalados en un viejo caserón ubicado en la calle de Don Juan de Austria.

También recuerdo que hace años un antiguo admirador del novelista valenciano, me relataba que muchas veces viera a don "Visent" —que así, familiarmente, se le denominaba en Valencia— de pie, a la puerta del periódico, en actitud meditativa, tal vez imaginando alguna escena novelesca que luego trasladaría a las cuartillas.

Retratos de la época nos muestran a Blasco, alto, recio, embutido el cuerpo en un chaquetón de pana abrochado hasta el cuello, sanguíneo, erguida la cabeza y al viento la leonina cabellera, mientras en el rostro, barbado, destaca, intensa, la mirada de unos ojos ávidos, dispuestos a captar cuanto de interesante pase ante ellos.

El escritor dispone ya de un magnífico instrumento de trabajo y en las volanderas páginas de "El Pueblo" aparecen sus cuentos de honda raigambre valenciana, que luego serán recopilados en los volúmenes: "Cuentos valencianos" y "La Condenada". También allí publicará en folletón su primera novela: "Arroz y Tartana".

¡Qué simbolismo tan acendradamente valenciano hay en ese título!

Igualmente dará a conocer su obra maestra: "La Barraca". Sigue después la novela del Caballero, olorosa a mar: "Flor de Mayo".

Refiriéndose a estos libros, escritos a marchas forzadas, pero en los que brilla magistralmente el genio de Blasco Ibáñez,

éste, recordando las peregrinas circunstancias que rodearon su gestación, vuelve la mirada hacia el pasado y en el prólogo que en el año 1925 dedica a su famosa novela "La Barraca", escribe: "Dirigía yo entonces en Valencia el diario "El Pueblo", y tal era la pobreza de este periódico, que por no poder pagar un redactor, encargado del servicio telegráfico, tenía el director que trabajar hasta la madrugada, o sea hasta que, redactados los últimos telegramas y ajustado el periódico en páginas, entraba finalmente en máquina. Sólo entonces, fatigado de toda una noche de monótono trabajo periodístico, me era posible dedicarme a la labor creadora del novelista".

Y así, en este ambiente de lucha y fatiga, Blasco Ibáñez, escribió esas maravillosas novelas regionales que llevan en sus páginas todo el colorido, toda la sensualidad de la Valencia mediterránea. Sin embargo, su obra "La Barraca" pasó casi inadvertida, hasta que más tarde, al ser publicada en folletón en un diario de Madrid, la crítica fijó su atención en el joven novelista valenciano. El editor madrileño, Fernando Fe, la dio a conocer, en volumen, al público español. Anteriormente, en Valencia, el buen amigo de Blasco Ibáñez, el librero Francisco Sempere, la había editado en primera edición, vendiéndose, como cuenta su autor, de una tirada de 700 ejemplares, solamente 500. Aunque Blasco Ibáñez comenta "que no fue considerable el éxito del volumen", a mi juicio sí lo obtuvo.

No importa que, de momento, pasara inadvertida, como él

dice, ya que luego alcanzó el éxito merecido. Y más, debido a que, encontrándose en San Sebastián un profesor del Liceo de Bayona, visitando una librería diose de ojos con la mencionada novela y el buen francés, para entretener su ocio, aprestóse a leerla. Fue tal el entusiasmo que su lectura despertó en él, que interesándose por su autor solicitó de éste autorización para verterla a su idioma.

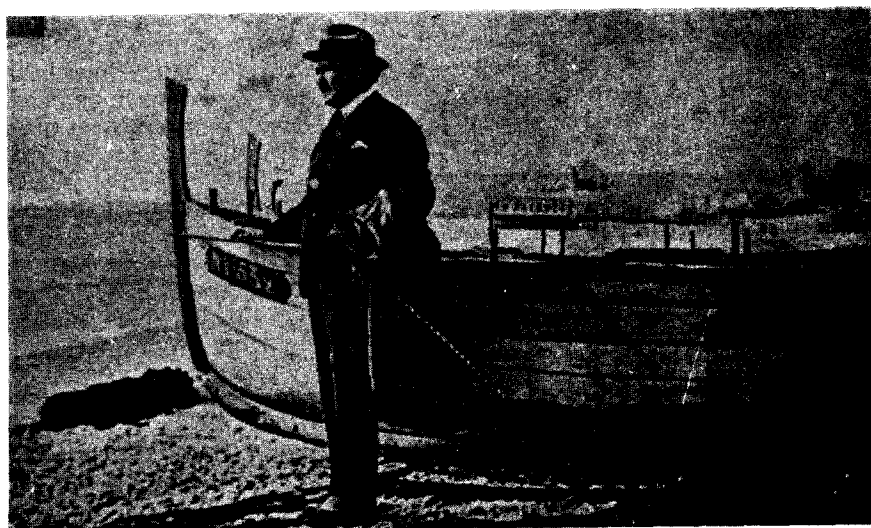
No obstante los requerimientos del profesor, Blasco fue demorando la contestación hasta que al fin la autorizó y el traductor la dio a conocer al público francés, bajo el título: "Terres maudites". Y es con esa novela como se inicia el renombre universal del novelista valenciano.

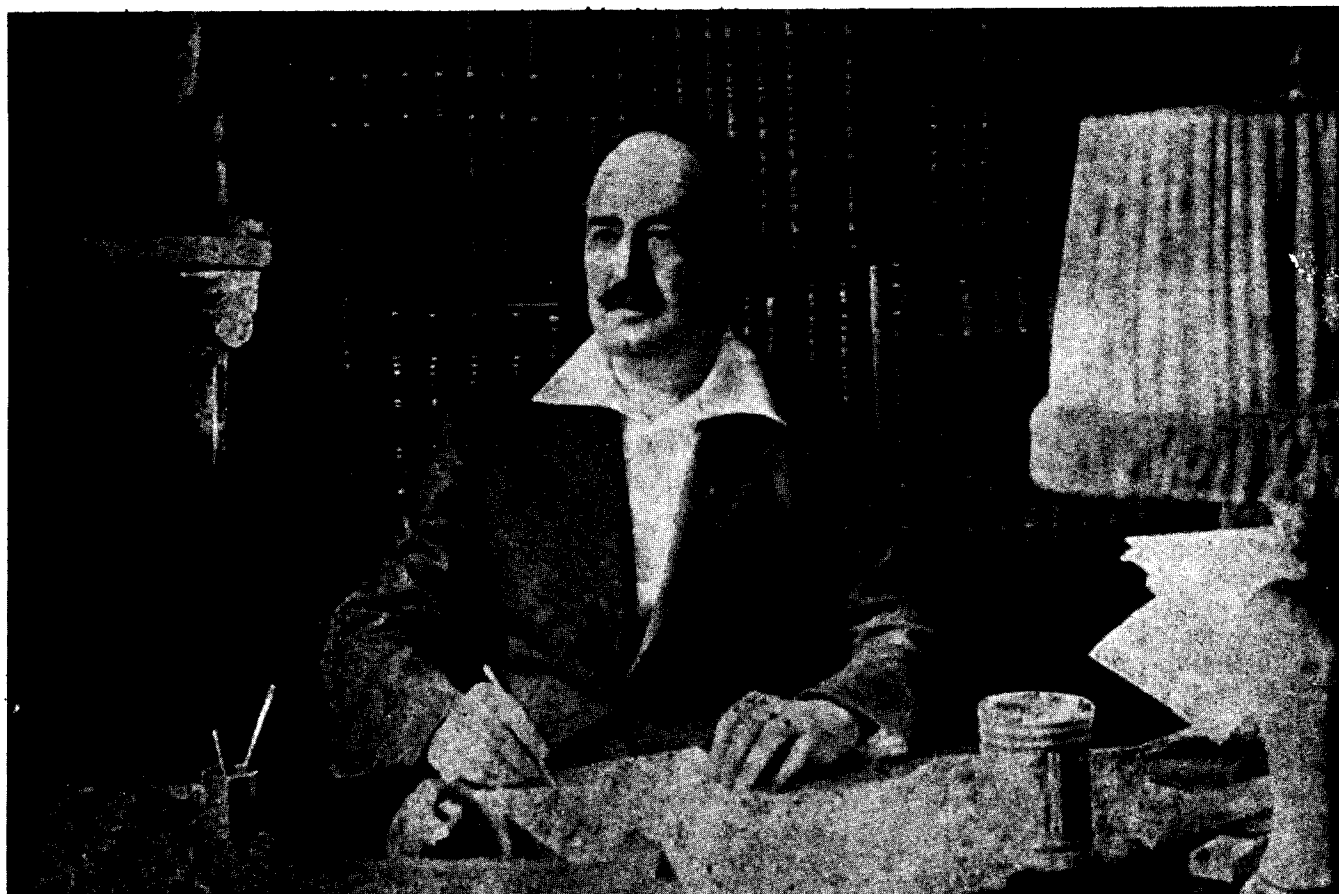
Blasco está ya lanzado a una intensa labor literaria. En la playa de la Malvarrosa, en un chalet construido bajo su dirección, el escritor trabaja incansablemente. Allí, en aquel despacho cuyos amplios ventanales miran el mar, ese mar Mediterráneo cuyas reverberaciones veremos en las páginas de muchas de sus obras, el novelista escribe.

Con anterioridad y en una casa alquilada, la "Quinta de San Julián", cercana al palacete que ahora habita, ha trazado las páginas de esa ardiente novela, quizá con reminiscencias autobiográficas, que es: "Entre naranjos". Esta, su maravillosa novela, es un poema wagneriano. No olvidemos que Blasco Ibáñez fue un melómano.

Uno de sus biógrafos, dice: "Blasco Ibáñez había conocido en uno de sus viajes a cierta artista rusa, tiple de ópera, mujer extraordinaria, hermosa como una Walkyria". El novelista en la plenitud de su inspiración, traslada a las páginas de su novela la figura de esa cantante bajo el nombre de Leonora. En esta obra brilla esplendorosamente toda la luminosidad de la rica paleta Blasquista.

Es pues, allí, siempre frente a ese mar azul, donde escribirá otras novelas, como son: "Sonrica la Cortesana"; "La Catedral"; "El Intruso". Pero a éstas la precedió su novela más viril, más honda: "Cañas y Barro". Esa obra tremenda, de cuyas páginas parece desprenderse un fuerte olor a barro, a legamos de la Albufera, a aguas estancadas. El novelista se ha iden-





tificado de una manera total con el ambiente, con el "clima" que rodea la obra.

Para hacer acopio de documentación, Blasco recorrió los parajes de la Albufera, el Palmar, habló con huertanos y pescadores y su poderosa retentiva recogió cuanto necesitaba para, con sus materiales, levantar ese monumento literario que se llama: "Cañas y Barro".

Con los libros anteriormente citados Blasco Ibáñez comienza a pisar en firme el terreno literario. Por motivos de su dinámica existencia, pues es Diputado a Cortes por Valencia, frecuentemente se desplaza a Madrid, hasta que por fin decide fijar su residencia en la Villa y Corte. Acaece ello en el año de 1904.

III

NOVELAS DE TESIS

A sus novelas de ambiente regional valenciano, siguen otras que reflejan las sensaciones que en diferentes aspectos ha ido recibiendo la personalidad del artista: "La Catedral" y "El Intruso", son dos obras que podrían ser denominadas como de tesis. Luego, publicará "La Bodega" y "La Horda", que están en la misma línea literaria que las anteriormente citadas.

He aquí, pues, que Blasco Ibáñez se ha instalado en la capital de España. Habita un hotelito ubicado en la calle de Salas. Allí escribirá su "misteriosa" novela titulada: "La voluntad de vivir". Sobre este libro se cernió una curiosa anécdota, desvelada por cierto hace no mucho tiempo. Se dibujaba en dicha obra la figura de una mujer muy íntimamente ligada a la vida del novelista. Cuando la presunta protagonista leyó la novela, al verse reflejada en ella como en un espejo, solicitó de su autor que el libro no saliera a la calle. Blasco Ibáñez atendió la petición y, aunque la obra estaba ya impresa, ordenó que el total de la edición fuese destruido, como así fue. Ha sido necesario que transcurriese un lapso de más de cincuenta años para que esta novela apareciera al fin en los escaparates de las librerías.

Blasco Ibáñez tuvo siempre para su vida íntima la más estricta corrección, por eso alguna vez, con justicia, pudo decir: "Se puede ser escritor sin dejar de ser caballero".

Como se ha indicado, Blasco radica en Madrid, pero ello no obsta para que, atraído por ese espíritu trashumante que en él anida, interpole —en sus creaciones literarias que da frutos como "La Maja Desnuda", "San-

gre y Arena", "Los Muertos Mandan", "Luna Benamor"— un viaje a los países de centro-europa, hasta Turquía que tiene por resultado ese maravilloso libro que es: "Oriente". Subyugador kaleidoscopio de las más atractivas y exuberantes descripciones.

La aventura de su viaje pudo tener un desenlace trágico para su autor, pues a su regreso de Constantinopla el tren que le devolvía a Europa occidental sufrió un tremendo choque con el expreso de Budapest. El encontronazo fue espantoso y Blasco, milagrosamente, salió ileso, por lo que el final de su viaje tuvo todas las características de un episodio novelesco.

La emoción viajera está despierta en él y siempre impelido por su afán de conocer nuevas tierras, Blasco emprende su primer viaje a América. Lo realiza en el año 1909.

Blasco Ibáñez, por aquellos entonces, se halla en la plenitud de su vida. Por eso se siente atraído hacia América y en un periplo que dura varios meses visita Argentina, Paraguay, y Chile, en cuyos países pronuncia ininidad de conferencias. Pues, como sabido es, el gran escritor poseyó el don de la elocuencia, de una elocuencia frondosa, henchida de bellas imágenes, de una elocuencia que se adueñaba rá-

pidamente de los auditorios, hechizados por su palabra.

Un rasgo característico de sus formidables cualidades de orador nos lo señala el acto que se celebró en un teatro de Buenos Aires, donde habló para una concurrencia de más de 8.000 espectadores. A este respecto, uno de sus biógrafos, dice: "Durante tres horas y media Blasco desarrolló el tema gigantesco de las vicisitudes políticas, literarias y sociales de España desde la emancipación de sus colonias de América. Había tomado a su cargo la empresa de resumir toda la historia del siglo XIX español..."

Puede afirmarse en esta hora hispánica, que Blasco Ibáñez fue el precursor de lo que con el tiempo daríase en llamar la Hispanidad. Si; Blasco paseó por todo el continente americano el augustísimo nombre de España, enalteciendo su grandiosa labor colonizadora.

De ese viaje surge su voluminoso libro: "La Argentina y sus grandezas". Pero Blasco, que ha recorrido aquellos extensos territorios, trae en su imaginación otros proyectos.

Ha regresado a Madrid. Otra vez está en su hotelito. Realizará un rápido viaje a Valencia para dar, en el Teatro de la Exposición Regional, su memorable conferencia sobre la novela.

Retorna a Madrid con una idea fija en su mente. La de emprender otro viaje a América. Aquel proyecto le obsesiona. Su avasalladora vitalidad le impulsa a lanzarse a la más prodigiosa aventura. Blasco es hombre de lucha, su temperamento es inquieto y audaz.

Conociendo la contextura física de este hombre, de una extraordinaria energía, podremos comprender cómo le fue posible llevar una existencia tan dinámica.

El ilustre escritor español Eduardo Zamacois, ha trazado en un curioso libro, un vigoroso retrato del Blasco de 1910. Es de gran interés lo que el autor escribe refiriéndose a la visita que le hace en su casa de Madrid: "Acaba de cumplir cuarenta y tres años. Es alto, ancho, macizo; su rostro moreno y barbado, parece el de un árabe. Sobre la alta frente, llena de inquietudes y de ambición, los cabellos, que debieron de ser crespos y abundantes, resisten

todavía la calvicie; entre las cejas, la reflexión marcó hondamente su arruga imperiosa y vertical, grandes son los ojos y de mirar rectilíneo y franco; la nariz aguileña, sombrea un bigote que cubre frondoso el misterio de una boca epicúrea y risueña, en cuyos gruesos labios tiembla la mueca de una sed insaciable".

¡Magnífico retrato! Blasco Ibáñez "vive" en esas pinceladas. Y psicológicamente también, pues "esa sed insaciable" de lucha, de gloria, de trabajo, perduró en él hasta el último minuto de su vida. Blasco es una fuerza de la Naturaleza. Poseyó todas las características del genio de la raza. Por eso siente la llamada de América. Y por eso, también, está dispuesto a llevar a cabo el proyecto que desde hace tiempo le viene obsesionando.

Blasco quiere ser colonizador en aquellas lejanas tierras vírgenes. Este hombre inquieto que hizo de su vida una novela —quizá la más interesante de cuantas escribiera— pretende ser fundador de pueblos. Y con esta quimera parte hacia la Argentina.

Tres años durará su lucha en aquellas tierras, que hasta la llegada de los bravos campesinos no habían sentido en las entrañas la herida del arado. Y, Blasco Ibáñez, fiel a sus deseos, levanta los pueblos de Cervantes (Río Negro) y "Nueva Valencia" (Corrientes).

En tales nombres invoca las letras y su ciudad natal. Abandona la pluma y se convierte en colonizador. En él parece revivir el alma de los heroicos conquistadores. Blasco, como verdadero hombre de acción, crea una fantástica novela, pero, ahora, completamente real.

Empero, como nuevo Balzac, ávido de ensueños financieros, su labor de colonizador se quiebra, él no ha nacido para la vida de los negocios. Un cataclismo económico derrumba su obra. Desengañado torna a Buenos Aires. Atrás queda un bello, pero irrealizable sueño.

Y otra vez el tirón de las letras le pone frente a las cuartillas. Y es en la bella ciudad del Plata donde empieza a escribir su novela: "Los Argonautas". En su poderosa mente, de eterno creador, vibra todo un mundo novelesco. Tiene un plan, ambi-

cioso plan: escribir las novelas de América.

Mas un importante acontecimiento iba a interponerse en su labor. Un acontecimiento, sí, que imprimiría rumbo nuevo a su vida: la Guerra Mundial de 1914.

IV

NOVELAS DE LA GUERRA

Al estallar la gran conflagración que envolvería al mundo, Blasco Ibáñez que de siempre sintió rendida admiración por Francia, prontamente se alinea en el bando aliado. Y su pluma la pone al servicio de esta causa, es decir, la causa de la libertad y del derecho. Llevado de su gran temperamento, desarrolla en favor de tal causa una incansable y encendida actividad. El Gobierno francés fija su atención en él y, expresamente autorizado por Poincaré, Presidente de la República, visita los frentes de batalla. Con su enorme capacidad de trabajo da comienzo a la monumental "Historia de la Gran Guerra", que formará nueve grandes volúmenes.

Su constante frecuentación a los campos de lucha hace prender en su cerebro la llama de su eterna fiebre creadora. Sobre los parajes barridos por la metralla, contemplando los cielos hoscoscos, henchidos de negros presagios, el novelista "ve" desfilar, como en una pantalla cinematográfica, la cabalgada de los trágicos jinetes, portadores de todos los males que aquejan a la pobre Humanidad. Es aquella una visión dantesca.

Y de regreso a París, recluso en su piso de la calle Rennequin, en las proximidades de la Avenida Wagram, Blasco Ibáñez, escribe la que más tarde será famosa novela: "Los cuatro jinetes del Apocalipsis".

Al publicarse esta obra y ser traducida al inglés, la revista: "The Illustrated London News", dirá: "Es la obra que, según se dice, ha sido más leída entre los libros impresos, excepción hecha de la Biblia".

Pero para Blasco, aquella novela que, como una catapulta, lanzará su nombre a la mayor popularidad que soñar pudiera, en esos momentos no tiene otra significación que una más en su acervo literario. Por ello, cuando la americana Miss Charlotte Brewster Jordán, le ofreció la

suma de trescientos dólares por lanzar en Nueva York la versión inglesa, el autor, sin titubear, aceptó, y no solamente eso, sino que en el contrato "cedía a los traductores todos los derechos de autor sobre la novela para todos los países de lengua inglesa, sin poder jamás alegar el menor pretexto para percibir otra cantidad, fuera cual fuera el éxito del libro en ultramar".

Blasco Ibáñez, una vez firmado el contrato sigue impertérrito los caminos del ideal. Para él, aquello terminó allí.

Como acontece siempre en su modo de ser, lo que le atrae es la obra futura, es decir, lo que se va incubando en su fertilísimo cerebro de creador.

E inmerso en la aventura bélica, reafirmando todavía más, si cabe, su simpatía por los aliados, escribe durante los meses de agosto a diciembre de 1917, su poemática obra: "Mare Nostrum".

Recordáis... "Sus primeros amores fueron con una emperatriz..." Con estas palabras da comienzo su novela que, en efecto, es un verdadero poema al Mar Mediterráneo. ¡A ese mar de epopeya!

Y Blasco Ibáñez, en París, lejos de su Valencia, vuelve imaginativamente sus ojos hacia la bella ciudad levantina. ¡Cómo evoca a "su" Valencia! ¿Y acaso Ulises Ferragut no será el eterno personaje levantino de sucesivas novelas? ¿Claudio Borja, tal vez?

Sí, Blasco, en esa novela, cuyas páginas están irisadas por la luz mediterránea, volcó en ellas toda su fantasía y pintó con su colorista pluma los más bellos cuadros, henchidos de claridad.

Pero su tremenda labor literaria le lleva a un decaimiento físico que le obliga, por prescripción facultativa, a buscar completo reposo.

Y, para ello, se instala en la Costa Azul. La suavidad del clima le recuerda a su amada Valencia.

Y es allí, en ese delicioso retiro, donde recibirá el impacto de la para él más trascendental noticia. La de su popularidad en tierras de América.

"Una mañana —cuenta Pitotlet— le entregó el cartero un voluminoso fajo de correspondencia: cartas, trajetas y periódicos que ostentaban todos el timbre postal y el sello de los

Estados Unidos".

Aquella correspondencia, que el estupefacto novelista tenía ante sus ojos, hablaba de la enorme difusión que había alcanzado su, para él, casi olvidada obra: "Los cuatro jinetes del Apocalipsis".

Blasco Ibáñez, no salía de su asombro. ¿Estaría soñando? ¿Sería verdad cuanto veía? Pues, sí, todo aquello era cierto. América, la poderosa América, reclamaba su presencia física. Su nombre era conocido, pero el gran pueblo americano le deseaba allí.

Y Blasco, al fin, atiende la llamada y en octubre de 1919 abandona París y parte hacia los Estados Unidos.

Antes habrá publicado su última novela dedicada a la postguerra: "Los Enemigos de la Mujer".

Durante su estancia en Norteamérica, Blasco recibe los mayores honores que el Gobierno de la nación ofrece a su ilustre huésped. Entre ellos, la Universidad de Washington le confiere el título de doctor "honoris causa". En viaje triunfal, recorre las principales ciudades de la Unión.

¿Imagináis qué acopio de observaciones, qué riqueza de ambientes, de paisajes, recogería con su mágica retina?

Y Blasco, ávido de aprehender nuevos horizontes, pasa a México, invitado por el entonces Presidente Carranza. Fruto de la visita a la gran nación azteca, será su discutido libro: "El militarismo mexicano".

También son de inspiración americana, sus libros: "El préstamo de la difunta" y "La tierra de todos".

Blasco Ibáñez da pruebas en todo momento de su enorme fecundidad literaria, como asimismo de la importancia que para él ofrece la constante diversidad de ambientes en que se desenvuelve su vida.

El lector actual de sus obras no concibe que Blasco pudiera llevar una existencia sedentaria o ser figurón de una tertulia de café. No, eso, no. Blasco, en efecto, fue un temperamento inquieto, henchido de ardiente vitalidad, de tal manera, que asombra comprobar cómo en una vida no muy longeva cupieran tantos y tan extraordinarios avatares.

Al retorno de su triunfal gira por Norteamérica, su ciudad

natalicia, deseando honrar al hijo ilustre, le rinde un cálido homenaje de admiración y respeto y para ello se celebran importantes actos culturales y cívicos. El novelista valenciano, de nuevo pisa el suelo de su querida Valencia, de esa hermosa ciudad levantina a la que nunca más volvería a ver. La muerte le sorprendería en su casa de Mentón.

V

FONTANA-ROSA

Blasco Ibáñez está sentado en uno de los bancos recubiertos de azulejos de Manises que hay en el jardín de su Villa Fontana-Rosa, en Mentón.

Es una mañana luminosa, riente de sol. Sobre su cabeza la ancha sedá azul del cielo y frente a sus ojos, el legendario Mar Mediterráneo, con el movedizo cabrilleo de sus luces.

Blasco, sin saber por qué, se siente desasosegado, nervioso. Tiene el propósito de emprender un largo viaje. Un viaje alrededor del mundo. Pero Blasco, aquella mañana, se muestra pensativo. Mira en derredor suyo y toda la policromía del jardín, con sus perfumes también, invade sus sentidos. La belleza del lugar casi absorbe su atención.

De súbito, "alguien acaba de llegar con silencioso paso, sentándose junto a mí, en el banco de azulejos que representan antiguas danzas valencianas. Nadie más que yo puede verle". "Acabo de sentir ese desdoblamiento interior que todos conocemos en momentos difíciles de nuestra vida. Es una mitad de mí mismo lo que acaba de sentarse a mi lado".

Y, ese otro yo, le invita a reflexionar antes de que emprenda la gran aventura. Le dice que piense que no es tan joven cual imagina; que va a correr, tal vez, mil peligros ocasionados muchos de ellos por los cambios de climas. Así, pues, debe de meditar mucho antes de que tome una definitiva resolución. Si quiere conocer cómo es el mundo, no es necesario que abandone su hermosa mansión, ya que en su magnífica biblioteca reposan, al alcance de su mano, miles de libros que pueden darle un perfecto conocimiento de este planeta llamado tierra.

Blasco titubea, comprende



perfectamente cuántas razones le expone "él", casi queda convencido de la inutilidad de lanzarse a la aventura. Sin embargo, reacciona, surge en su espíritu el eterno luchador que parecía adormecido y su cabeza se yergue en gesto de desafío. No, no renunciará al viaje, desea conocer de visu cuanto de triste y de alegre, de misterioso y de bello encierra el mundo y, el novelista, adopta una irrevocable decisión, correrá el riesgo. Y Blasco Ibáñez, a bordo del buque-palacio FRANCONIA, emprende el periplo de circunnavegación por todos los mares del planeta.

De este viaje que duró seis meses, nacieron los tres volúmenes que forman: "La vuelta al mundo de un novelista". Sus dotes de observador, su maravillosa retina de pintor de la pluma plasmará, con su colorista prosa, animados cuadros; todo un rico caudal de experiencias hallará manifestación en esos interesantes libros. Pero existe algo, como resumen de este viaje, que es conveniente destacar. Su intuición le hizo "ver" más allá de lo que desfilaba ante sus ojos.

He aquí lo que escribió en las últimas páginas de su libro: "Lo que he aprendido no es alegre ni tranquilizador. Creo, existe en el mundo más gente que nunca. Los adelantos de la higiene y la facilidad de los transportes ha evitado una gran parte de las matanzas, las epidemias y las hambres que formaron siempre nuestra pobre historia humana. Somos cada vez más numerosos sobre la corteza de nuestro planeta, y esto resulta inquietante, pues los alimentos no se multiplican con la misma rapidez". "Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla: el Pacífico, la China, la India, quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales".

¡Y esto se escribió en 1925, proféticas palabras!

Y el escritor, con tales pensamientos grabados en el alma, retorna a su finca de Mentón. Hace tiempo que es ya el novelista de renombre universal y cuando en alguna de sus estancias en Niza, deambula por el Paseo de los Ingleses, damas y caballeros, de nombres ilustres, saludan con afecto a mister Ibáñez, famoso escritor español.

Aquel año de 1925 trae para él un doloroso acontecimiento. En Valencia fallece su esposa, doña María Blasco. Su esposa amada, la dulce compañera de su vida, de sus años de lucha y de ilusiones, de ensueños y esperanzas en el triunfo literario,

parte hacia ese Más Allá, pero ella aún pudo saber, en los últimos años de su existencia, cómo el resplandor de la gloria literaria aureolaba el nombre de su amado Vicente.

Los restos mortales de doña María Blasco, reposan en un nicho, en el Cementerio Civil de Valencia.

VI

NOVELAS DE LA EPOPEYA ESPAÑOLA

Blasco Ibáñez que siempre guardó en lo más profundo de su corazón su ardiente amor a España, inicia y lleva a cabo la magna tarea de escribir un ciclo de novelas cuyos personajes principales serán destacadas figuras históricas españolas. Pero no solamente ese —aún siendo mucho— es el plan de sus obras, sino que con su gran aliento de creador y dando a la empresa todo el prestigio de su nombre literario, se lanza al noble empeño de reivindicar la memoria de ilustres figuras de la raza.

Y con nobleza de miras escribe: "El Papa del Mar", "En busca del Gran Kan" y "El Caballero de la Virgen". En estas obras, Blasco Ibáñez acepta la enorme responsabilidad de liberar de su indigna leyenda negra —que la inercia por una parte y la falta de escrúpulos de muchos historiadores, por otra— lanzaron sobre recias y dignas personalidades de nuestra patria.

En su maravillosa evocación de "El Papa del Mar", la figura de don Pedro de Luna, Benedicto XIII, revive con toda su trágica grandeza, la epopeya de una azarosa existencia.

Quizá Blasco, al poner en pie sobre las cuartillas la magra silueta del Papa español, sintiera en su carne el bronco latido de su sangre aragonesa. La indómita voluntad del recio personaje, dispuesto a defender sus de-

rechos hasta más allá de la muerte, infunde respeto y es símbolo del espíritu inmortal del genio español. Don Pedro de Luna, resistiendo cuantas adversidades

le ofrece el destino; don Pedro de Luna, cautivo en su fortaleza de Peñíscola, contemplando a través de los amplios ventanales la azul inmensidad del mar, es una imagen tallada en viril roca.

A esta obra seguirá su novela: "A los pies de Venus", en la que enaltece esas soberbias humanidades de los Borja, que italianizaron su apellido convirtiéndolo en Borgia. ¡Colosal personaje Alejandro VI! ¡Cómo se deleita Blasco hablando sobre tan excepcional hombre! A esta gran figura que fue Alejandro VI cúpole la gloria de trazar sobre el globo terráqueo la línea divisoria entre Oriente y Occidente, dando a los navegantes portugueses cuantas tierras encontraran en ese primer hemisferio y quedando, para los españoles lo comprendido en el segundo.

Calixto III, Alejandro VI, Lucrecia y César Borja, para todos fulge con brillo esplendente la prosa Blasquista. La fastuosa época del renacimiento italiano bulle, se agita en las páginas del libro. Y a lo largo de su lectura, diríase que se percibe el noble orgullo que siente Blasco Ibáñez al pensar que esa familia —que con tan rotundos trazos señaló su paso por la Historia— fue compatriota suya.

Pero es en su novela: "En busca del Gran Kan", donde el novelista valenciano, como hombre nacido de la entraña popular, hunde su poderosa garra, en lo más hondo de la historia, para sacar a la luz de la verdad la estupenda humanidad de aquellos hombres buenos y generosos que se llamaron los hermanos Pinzón.

Blasco Ibáñez parece decir al mundo: bien está que glorifiquemos a Cristóbal Colón; bien está que recordemos sus hazañas y rindamos honores a ese soñador de los mares, "Quijote del Océano"; mas no echemos en olvido a esos dos españoles, hombres de nuestra raza que con su esfuerzo, su tesón, su hombría de bien, y con su alto prestigio

de marinos, bien reconocidos por todos, hicieron posible la tremenda empresa del Descubrimiento. Blasco Ibáñez, en esta obra, hace justicia a tan abnegados personajes.

Vemos, pues, cómo el ilustre novelista ha entrado ya en el camino de la epopeya americana. Años hace que deseaba escribir las novelas de América. Pero a lo largo y lo ancho de su asendereada existencia, entrecruzáronse acontecimientos que

desviaron su atención, canalizándola hacia otra clase de obras. Pero al fin, el momento había llegado y pudo emprender la tan anhelada tarea.

"El Caballero de la Virgen" (Alonso de Ojeda), es la obra con la que da comienzo a su colosal labor, esa labor que sólo algo, más fuerte que él, podrá detener: la Muerte.

Esa es la novela de los colonizadores. Con sus prodigiosas dotes imaginativas, Blasco hace revivir ante los ojos del lector, el proceso de la colonización española en las tierras vírgenes de América. Sólo un auténtico escritor de raza como lo fue él, podía tener alientos para evocar, con toda su fuerza dramática, la gran gesta del Descubrimiento.

A esta novela, hubieran seguido: "La Casa del Océano", "El Oro y la Muerte", y otras novelas sobre Hernán Cortés, Magallanes, etc...

Pero la Muerte, agazapada, esperaba el momento para extender su descarnada mano y paralizar por siempre aquella pluma siempre ávida de nueva, de incansante labor literaria.

Es en esta empresa de divulgación de hechos históricos en donde Blasco Ibáñez pone de relieve el inmenso amor que sentía por la España inmortal. Con su reconocido prestigio universal y su fabulosa capacidad creadora, la tarea que había comenzado significaba un hito glorioso en su carrera de autor nimbado por la gloria literaria.

Quizá, él, al escribir aquellas páginas, sintiéndose identificado con la psicología de tales hombres de acción, que con el arrollador ímpetu de esta super-raza, fueron capaces de llevar a cabo

una tan colosal empresa, que al ser conocida por los hombres de hoy, nos produce asombro y admiración.

VII

LA MUERTE

El cerebro de Blasco Ibáñez estaba siempre en período de gestación. Para el escritor no existía la tregua. Escribía incansablemente. Sus producciones literarias eran solicitadas por todos los editores del mundo y sus nuevas obras traducidas a todos los idiomas. El cinematógrafo fijó en él su atención y pronto le fueron adaptadas algunas de sus novelas. Es decir, que Blasco Ibáñez, era el autor español que había alcanzado, en su época, la mayor resonancia universal. Por eso la aparición de cada uno de sus libros significaba un acontecimiento para los lectores de todo el mundo.

Pero un día el escritor abandonó la pluma sobre la mesa. Estaba enfermo, gravemente enfermo.

Y Fontana-Rosa se convirtió en el centro de atención de miles y miles de admiradores esparcidos por todo el mundo civilizado, que seguían con interés, a través de las informaciones de prensa, el curso de la enfermedad que aquejaba al insignificante escritor.

Entretanto, en una habitación de Fontana-Rosa, tendido en el lecho de dolor, la fuerte humanidad de un hombre "que supo darle a la vida un zarpazo de león", debatíase en su lucha con la muerte.

Su fortaleza física habíase derrumbado y Blasco Ibáñez, inmerso en la neblina de la fiebre libraba terrible batalla, porque no quería rendirse sin oponer resistencia. No era el suyo un gesto de rebeldía contra el Destino, sino sólo el reflejo de un espíritu que virilmente supo afrontar siempre el peligro.

Y, así, sucede que en aquellas horas interminables en que yace como aletargado, de pronto, se produce un hecho insólito, un cambio insospechado, y el enfermo, cuya imaginación parece sumida en un mundo ignoto, busca fuerzas y, al fin, medio incorporado, abre los ojos y posa su mirada en invisible lejanía. Sus labios articulan palabras, palabras... Llama a su

secretario y le dice que quiere dictarle un capítulo de la novela: "La juventud del mundo". Una novela que jamás escribirá.

Y es que en aquellos postremos momentos de su existencia, la eterna pasión de crear se manifiesta una vez más en él.

A esta breve exaltación siguen momentos de sopor. Las horas transcurren lentas, agoreras...

Alrededor de su lecho se encuentran sus hijos y su esposa, doña Elena Ortuzar, ilustre dama chilena, con la que casó en segundas nupcias.

Blasco Ibáñez, de nuevo abre los ojos y con una mirada que "ve" más allá de lo real, contempla algo invisible para los demás. Balbucea unos nombres. Sí, ahora, claramente, entienden lo que dice. Blasco Ibáñez invoca a Cervantes, a Víctor Hugo, les invita a pasar, a que se acerquen hasta su lecho...

Y hay luego un trágico silencio. El tiempo transcurre lentamente, inexorable. Hasta que siendo llegada la alta madrugada, el enfermo, en brusca e inesperada transición, coordina sus pensamientos y, pausadamente, charla con todos. Comenta las reformas que desea implantar en el jardín de su Villa. "Quiero que se parezca a Valencia, a mi Valencia —dice— que recuerde a cada instante el olor y el color de mi tierra".

¡Valencia! ¡Valencia! Para ella fueron sus postreros pensamientos. ¡Valencia estuvo siempre en su corazón!

Como aquel otro gran español y valenciano, Juan Luis Vives, que también murió lejos de su tierra querida, así Blasco Ibáñez conservó en lo hondo de su corazón el más encendido amor hacia su ciudad natal.

Por eso, en aquellos supremos momentos, cuando ya el frío de la muerte llegaba hasta su cuerpo, el nombre de Valencia humedecía, como un rocío, sus labios resecaos y ponía en ellos el suave perfume de sus jardines...

Y para esa evocación poética fueron sus últimas palabras: "¡Mi jardín! ¡Mi jardín!"

¡El jardín para quien soñaba las más sutiles fragancias valencianas!

Eran las 3'30 de la madrugada del día 28 de enero de 1928. ¡Vicente Blasco Ibáñez, había muerto!!

“Los XIX juegos olímpicos fueron concedidos por el COI, a México, por Iberoamérica así que debería considerarse que ésta está siendo la Olimpiada de los países de cultura hispánica”.



Declaración hecha a la Prensa el día 26
de octubre por el Sr. Avery Brundage

DEL MAS ALLA

por **Providencia Kardek**

VIDA DESPUES DE LA MUERTE

Hace tiempo estuve platicando con un hombre, que a pesar de que todavía no se sobrepone a sus dudas personales, llegará a ser, con el tiempo, uno de los más notables exponentes del Espiritualismo. Como buen hombre de negocios que no tolera ninguna tontería y poseedor de ligeros conocimientos sobre la materia, llevó a su esposa (una entusiasta del Espiritualismo) al Centro Local de Supervivencia, como él le llama. Le pregunté cuáles fueron sus reacciones con respecto a la clarividencia.

Me respondió que en conjunto le parecía muy bien, pero que le disgustaba lo referente a las vibraciones, tema muy gustado y repetido por la mayoría de los médiums. Me parece que quieren demostrar a la audiencia sus conocimientos científicos; no obstante esto, algunas veces sí logran comunicar mensajes genuinos de los "muertos", lo cual encuentro fascinante. Pero me pregunto, ¿por qué siempre tienen que hablar tanto de las vibraciones?

Demasiado extenso para explicarlo

Admito que yo sentía lo mismo cuando era un principiante en los asuntos del espiritismo y me limitaba a sonreír sin hacer comentarios. Hubiera tomado mucho tiempo el explicarme que la existencia en sí misma, ya sea espiritual o terrena, se trata de vibraciones en una escala infinita, en un medio infinito, a través del espacio y del tiempo infinitos, sin principio ni fin.

Inclusive nuestros pensamientos y emociones —sin tomar en cuenta nuestros cuerpos—, son presas de las vibraciones en la infinitud de la creación cósmica que nosotros llamamos vida, universo, espíritu divino o Dios. Efectivamente, todas nuestras esperanzas y deseos, nuestras inspiraciones, dudas y nuestra fe están cimentados en las vibraciones. Pero adentrémonos más en este asunto. Tratemos de aumentar nuestra perspectiva, aunque sea un poco, ya que ésta es la finalidad de nuestra existencia terrena.

Para principiar quiero asentar que los seres humanos están muy limitados, mucho más de lo que se piensa. Nuestros cinco sentidos se limitan solamente a darnos una ligera frac-

ción de los hechos vitales de la realidad que nos rodea. Es precisamente esta limitación la que mayormente nos obstaculiza la comprensión de la verdad, de la inmortalidad y la del mundo espiritual. Cometemos el error de pensar que percibimos todo por medio de nuestros sentidos. Y no es así. Ellos limitan nuestra conciencia, alrededor de un centésimo de las vibraciones que siempre nos rodean.

Posiblemente piensen ustedes que estoy exagerando, pero no lo estoy. Estoy basando mis observaciones en todas las vibraciones que se conocen y que existen en nuestro sistema solar, de la frecuencia de la rotación del electrón alrededor del núcleo atómico, a la rotación de la Tierra alrededor del Sol. Aproximadamente la frecuencia de vibración en nuestro medio es de 100/8. Como comparación recordemos que las vibraciones del sonido (no en la atmósfera espacial, sino en la atmósfera de la Tierra), pueden transmitir a nuestro cerebro, en un solo octavo de sonido, cualquier melodía popular que conozcamos.

Ahora, pensemos rápidamente en el aparato de radio ordinario. Qué confusión no sería si únicamente pudiéramos escuchar todas las estaciones a la vez; y qué ventaja es la de poder sintonizar sólo una. Si nuestro "aparato de televisión" transmitiera todas las imágenes a través del éter espacial sin limitarse a una frecuencia de vibración, su uso sería ridículo, insoportable y no tendría objeto.

La realidad total es invisible

A pesar de que muchos de nosotros todavía nos aferramos a la idea de "ver para creer", no debemos aceptar que el 1/8 de vibración que vemos alrededor es la suma total de la realidad y que todo lo que la gente nos dice acerca de lo sobrenatural son pensamientos alocados, producto de la imaginación y tonterías pseudocientíficas.

Repito, y quiero subrayar que todas las cosas que nosotros vemos con nuestros ojos corresponden solamente a 1/8 de vibración, las cuales son infinitas. Lo que nosotros vemos como la realidad en el mundo que nos rodea, incluyendo los numerosos y diversos colores del arco iris,



es como si miráramos un pétalo desprendido de una magnífica rosa. En sí mismo es hermoso, pero también por sí mismo no tiene ningún significado. Es sólo un débil fragmento del color que deleita a los ojos que no nos dice nada de su divino origen. Inclusive la rosa no es más que una nota tocada en el órgano de la infinita armonía.

Pero volvamos a la raíz del asunto. Expresado en términos matemáticos, es el ritmo de lo positivo y negativo; en términos humanos es el ir y venir, el de abajo y el de arriba, la utilidad y la pérdida, del bien y el mal. No se puede tener una cosa sin la otra.

Arrojen una piedra a un estanque de agua y verán que las ondas emergen del lugar en donde cayó. La energía de la piedra se convierte en ondas que se extienden regularmente y a intervalos. Las pueden diferenciar perfectamente. Ahora, arrojen otra piedra en otro lugar del estanque y verán que las nuevas ondas se mezclan con las antiguas, dando así una "figura" diferente.

Las condiciones, motivo de complicación

Veamos ahora un océano tormentoso. El cuadro está mucho más complicado debido a las condiciones que existen. Ahora encontramos el viento y la miríada de ecos que parecen brotar de las innumerables rocas invisibles para los ojos humanos. Para el artista, posee una forma hermosa y constituye un magnífico cuadro. Pero para el científico es una gráfica tridimensional, de múltiples vibraciones, de diferentes frecuencias y amplitudes.

De una forma análoga podremos analizar las "formas invisibles" en la sala de audiencias, pero para hacerlo correctamente necesitaremos de un medio más perfecto que el pincel del pintor, que una cámara fotográfica o una gráfica. Debemos de tener el tipo de artista que posea el sentido especial de lo que comúnmente se llama percepción extrasensorial. O sea una persona experimentada en el estudio de estas condiciones, que el pintor o el artista no supo apreciar debido a

que no estaban interesados por las causas, sino sólo por los efectos.

El artista no percibe el viento y las rocas sumergidas. Por este motivo cualquier cosa que le digamos en términos de longitud de onda, amplitud y frecuencia será una pérdida de tiempo. Nos dirá que estamos locos. ¿Qué tienen que ver las vibraciones con mi obra de arte?, nos preguntaría.

Retornemos a la "médium" en la sala de audiencias. A una persona le dirá: "Siento que alrededor de usted hay un conjunto de condiciones de fatiga o frustración a causa de un asunto de negocios". A otra le dirá: "Alrededor de usted en su aura, veo un hermoso color verde. Siento que muchos espíritus que usted amó, lo están ayudando a resolver un problema emocional que le preocupa, pero sólo uno le dará una solución satisfactoria.

Después la "médium" se dirige a otra persona que interiormente se burla de todas estas referencias sobre la inmortalidad y que cree firmemente que "cuando se está muerto, se está muerto". Puede ser uno de esos reporteros que asisten con la finalidad de acabar con toda esta jerga espiritualista, y de los cuales abundan muchos.

Después de una prolongada pausa, durante la cual la "médium" ha tratado de penetrar en la mente de este individuo, le dirá: "Lo siento, pero no puedo obtener nada de valor para usted". Cuando la sesión termine este individuo probablemente se dirigirá a la recepción para recoger su dinero. Sé de muchos casos similares que han sucedido.

No he tratado de saturarlos de términos técnicos, sino más bien procurado convencerlos de que el pensamiento es el arma más poderosa del mundo. Que consiste en ondas o vibraciones que se pueden medir científicamente, así como ser registradas y contenidas en la textura del cuerpo, del vestido y del medio ambiente. Ellos constituyen la textura de nuestro carácter.

Los pensamientos son cosas. Las emanaciones que radian por medio de sus vibraciones en el éter espacial son la base de toda vida, ya sea terrena o del mundo espiritual que es infinito.



CABALGATA DE REYES

por José Maqueda Alcaide

Elisa repasa concienzudamente la ropa de la semana. Está sentada junto a la mesa del comedor, cuyo tapete de plástico resplandece de limpio.

Sobre la mesa está su cesto de costura. Frente a ella y encima del aparador hay un retrato bastante ampliado que representa a un niño como de unos tres años junto a un hermoso caballo de cartón. Su mano se posa en el cuello del animal, al que ase por las crines.

En una sillita baja de aneas dormita "Chiripa", precioso gato negro, excelente cazador de roedores y de toda clase de bichejos, que entró en la casa por una ventana abierta, por no se sabe qué casualidad, fijando en ella su domicilio.

Da el reloj de pared nueve campanadas y, a los pocos momentos, se oye a lo lejos la alegre música de la cabalgata.

Elisa rompe a llorar. Se levanta y cierra la entreabierta ventana. Los compases de la música se atenúan. "Chiripa" despierta y arquea perezosamente el lomo.

Tal noche como ésta, dos hombres del cortejo de la Cabalgata, vestidos con un raro atuendo y tocados con sendas boinas amarillas adornadas con bellas plumas del mismo color, trajeron a su Ramiro aquel hermoso caballo de cartón con el que aparece en la fotografía.

Dos meses después, moría el niño de un extraño mal para el que fueron inútiles todos los antibióticos.

Seca Elisa su llanto y se dirige a la cocina para preparar el vaso de leche, cuyo contenido bien caliente dejará en un termo para cuando regrese Andrés, terminado su trabajo —tiene esta semana turno de noche— ya de madrugada.

Suena inesperadamente el timbre. Un largo timbrazo que revela impaciencia. Elisa sale del comedor y se dirige a la puerta de entrada.

Los inesperados visitantes son dos hombres de la Cabalgata —¿los mismos que vinieron hace un año?— que traen unos regalos de Reyes: una pelota, un borriquillo de cartón y una vistosa gorra de jockey.

Elisa, con voz entrecortada por la emoción, medio sollozando les dice:

—Han debido confundirse ustedes. Aquí no hay niños... Ramiro, nuestro único hijo, murió hace diez meses... Ya no necesita juguetes.

—Son los únicos que nos quedan por repartir —arguye uno de los hombres—. Hemos dejado juguetes en todos los pisos de la casa. Sólo nos quedaba el ático... Aquí se quedan. Puede usted darlos a quien le parezca... ¿Dónde los ponemos?

Entran los dos hombres en el comedor acompañados de Elisa.

A una indicación de ésta, uno de ellos deja los juguetes sobre el aparador, al pie del retrato de Ramiro.

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Ramiro!... Después de muerto, recibes juguetes de los Reyes... Tú estarás en la gloria; pero, ¡qué sola dejaste nuestra casa!

Se disponen los hombres a marchar.

Elisa quiere invitarles a una copa de coñac. Ellos rehúsan tomarla alegando que deben incorporarse con urgencia a la Cabalgata.

Luego de las despedidas de rigor, se van.

Transcurren unos diez minutos que emplea Elisa en preparar el vaso de leche para An-

drés. Luego vuelve al comedor con un vaso y un termo que deja sobre la mesa.

Una última mirada al retrato de Ramiro y a los juguetes. Suspira tristemente. Apaga las luces y se encamina a su dormitorio. "Chiripa" salta a la silla de aneas y se enrosca perezoso disponiéndose a dormir.

Transcurre plácidamente el mes de enero. Andrés, pocos días después de la fiesta de Reyes, regaló aquellos tres juguetes a un sobrino suyo, a Juancho. La presencia de los mismos en la casa impresionaba grandemente a Elisa, evocándole tristes recuerdos... Y también a él le entristecía contemplarlos, aunque, como hombre, callara haciendo de tripas corazón.

La vida sigue su curso indiferente a todas las cosas. Pasan rápidamente febrero, marzo, abril... La primavera llega con una alegre promesa de esperanzado optimismo.

Una mañanita de domingo tibia, espléndida, con un hermoso sol confortante, revela Elisa a su esposo una grata noticia:

—Lo siento en mis entrañas. ¡Viene otro hijo!... Tal vez una niña... ¡Quién sabe!

Andrés recibe la noticia con júbilo y enciende un cigarrillo. Luego se sienta la mujer junto a la mesa a leer una revista. El esposo sale a la calle a comprar el periódico.

"Chiripa", abandonando su sillita de aneas, da un salto sobre el regazo de Elisa. Esta lo acaricia largamente. Se dibuja una sonrisa en sus labios.

Por primera vez, después de diez meses de tristeza y duelo, ha conocido de nuevo esta alegría de sonreír y ha sentido taladrada su alma por una acariciante luz de esperanza que la hace sentirse plenamente feliz.

—¡Eh, toro! ¡Toro!
 ¡Estoy tranquilo? Sí, ¿por qué no? Quieto, corazón. No golpees tan fuerte. Lo sé, estás ahí, en mi pecho. Te siento ahora, claro es. No, no tengo miedo. Arráncate, toro. Eres astifino. ¡Ay, cómo reluce tu negra piel bajo la luna! ¡Qué hondo silencio en el campo! Solos tú y yo. Frente a frente. Tus pezuñas escarban la tierra. Tierra de olivares. Agachas el testuz. Brillan tus ojos. Aquí me tienes, torito bravo. Mis manos abren la roja flor del capote. Ya llegas, tus curvos puñales rasgan el tul de la luna. Casi rozan mi cuerpo. Dócil sigues el engaño. Siento también el bronco hálito de tu bufido. Furioso te revuelves. Pero la mariposa del capote juega contigo. Me he serenado por completo. La noche de abril es una fiesta para mí. Mis diecisiete años han florecido de alegría. Mi frágil cintura se quiebra, ciñéndose a tus costillares. Soy dueño de mí mismo. Te he dominado, torito, eres mío. También la noche es mía. Mira, mira, la luna se tiende a mis pies y tú la pisoteas con tus pezuñas de plata. Jadeas, torito negro, jadeas. Y yo, victorioso, sonrío. Los olivares “suenan” sus oscuras campanillas. De lejos, muy lejos, viene el fino silbido del tren. “¡Adiós, torito un día, no, una

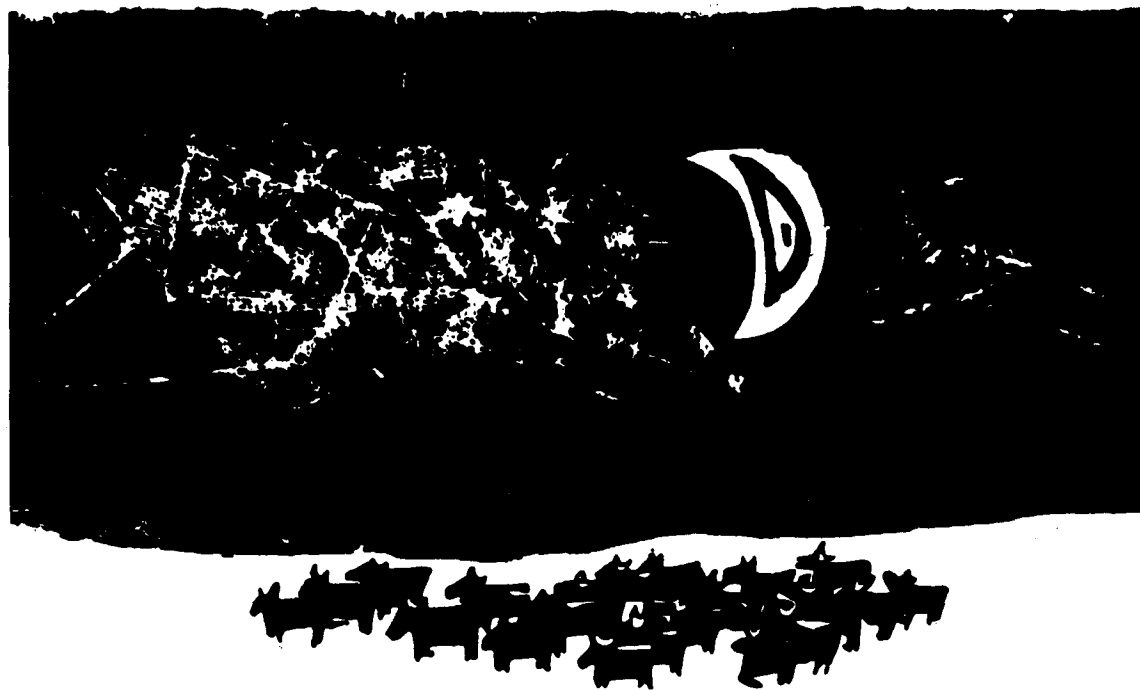
tarde cualquiera nos encontraremos los dos...! Ahora te dejo aquí, en tu soledad de luna. ¡Ahí quedas con tu negra piel reluciente, tus ojos de azabache, tu testuz erguida, hiriendo el cristal de la noche con tus finos puñales!”

“Como yo te lo digo, otros lo dijeron a sus novias. No, Rosarito, no son sueños. Será realidad. Confías en mí, ¿verdad? Seré famoso. Como lo es éste y éste y aquél... Pero, yo, más aún que todos ellos. Lo siento aquí adentro, en el corazón. Sus latidos me “hablan”. Me “dicen” que así será. ¿Un coche? ¿Un cortijo? ¡Y qué sé yo cuántas cosas más! Pero lo que me produce embriaguez son las palmas. Y el blanco aleteo de los pañuelos. Y una y otra vuelta al anillo. Y la arena dorada. Y arriba, en lo alto, el redondo lago azul del cielo. ¡Ay, Rosarito, qué felices seremos! ¿Miedo? ¿Tienes miedo por mí? No temas, mujer, no temas. Observa cuán tranquilo estoy y cuán firme es mi pulso. Alegra esa carita, sonríe. Me agrada ver los hoyuelos en tus mejillas de seda. Eso es, ¡tontina! Tu rostro es cielo de abril, lluvia y sol. No llores, Rosarito, aunque a veces también

EL TORERILLO



por **Claudio Borja**



se llora de felicidad. Y tú eres dichosa escuchándome. Y lo soy yo contemplándote. ¡Mañana toreó mi primera novillada con picadores! He cumplido dieciocho años. No más capeas en los pueblos polvorientos; no más viajes en renqueantes autobuses o en vagones de tercera. "Aquí llegan los maletillas". Ni siquiera nos consideraban toreros. Plazas improvisadas. Pueblos perdidos en la ancha geografía del suelo español. Mozos ahitos de vino, agresivos, gesticulantes. Un sol de fuego encendiendo los cerebros. Y luego, por unas pocas monedas, jugarse la vida ante los fieros marrajos. A veces, un compañero..., pero, no, no... Mañana, Rosarito, mañana la vida será distinta para mí, para nosotros... Para mi madre, ¡pobrecita!, que tanto sufre por culpa mía. Tú y ella. Ella y tú. Mis dos únicos cariños. A ti, Rosarito, brindaré mi primer toro. ¡Ah, dices que no quieres verme torear, que rezarás por mí! Bueno, mujer, bueno. Cierto, mejor es así."

"Ya suena la música que acompaña el paseillo. Me santiego. Y junto a mis dos compañeros echo a andar. La lumbrada del sol me da en los ojos. Los entorno unos segundos, pero a seguido, vorazmente, los abro. En los graderíos se ve un

llenazo imponente. Dentro de mí ser estalla el gozo. Mi brazo derecho se mueve al compás del pasodoble jacarondoso, y mi mano izquierda oprime en la cintura los picos del capote de paseo. Levanto la cabeza. La plaza es "mía". La cuchilla de la sombra guillotina el sol sobre la arena. ¿Estoy solo? No lo sé. Quizá, sí. Soy el centro de mí mismo. Nada quiero saber de mis dos rivales. ¿Orgullo? Tal vez. Debo triunfar. Lo conseguiré. ¿Qué sucede? ¿He gritado? Sí. "¡Alguien!", dentro de mí, me hace decir:

—¡Eh, toro! ¡Toro!

Aquí le tengo. ¿Acaso es el de "aquella noche", allá en el campo andaluz? ¿Qué más da! Así, rózame los alamares con la media luna de tus puñales. Pero yo voy venciendo tu fiereza. ¿Lo vez? Dócilmente sigues los vuelos de mi capote. ¿Qué estruendo estalló de pronto? Sí; la gente me ovaciona. Hay un latido intenso en mis sienes. Me invade el orgullo. La hermosa bestia, ciegamente, embiste. Jadea y yo sonrío, seguro de mí mismo. Ya se ven estrías rojas en sus carnes. Ha sonado el clarín. Me acerco a la barrera. Tengo seca la boca. Un buche de agua para aliviarla. Una fugaz mirada al tendido. Bellas mujeres me asaeatean con luminosas miradas. Vivo un presente maravilloso. El recuerdo de los años de miseria y dolor se desvanece en la leja-

nía. Hoy inicio una etapa en mi vivir. En mis manos la roja fra-nela y el estoque. Saludo a la presidencia. Luego, en el centro del ruedo, girando sobre mis talones, brindo al público la muerte de mi primer toro en una corrida con picadores. Tras los aplausos se hace el silencio. No puedo, no debo defraudar a "mi" pueblo. Y me emborracho de luz, de ambición y, con todo mi amor propio despierto, me entrego a torear. De súbito, se quiebra el silencio, y la plaza vibra con un tremendo clamor. Suena la música. En los olivares había soledad, ¿recuerdas, torito? Aquí, miles de ojos nos contemplan. Sin embargo, "estamos solos", yo y tú, pobre animal. Yo, joven, fuerte; tú, herido, cansado, ignorando que vas a morir cuando lo decida yo. Sobre tu cuerpo muerto, se alzaré mi triunfo. Tu martirio me abrirá las puertas de la popularidad. "Escucha" cómo cantan las ovaciones en mi honor. Contigo juego a placer. Tus ojos, humillados, me miran vencidos. De tus carnes abiertas chorrea la sangre. ¡Y no me inspiras lástima! ¿Por qué la habría de tener? Hundiré el estoque hasta la bola. Quiero tu muerte. La necesito. Presiento que el público está diciendo:

Ha salido un nuevo torero, un nuevo torero, un nuevo tore-ro...

Y ése, soy yo. Lo sé, lo sé, lo sé..."

La madre ignora cuántas horas han transcurrido desde que el doctor le permitiera sentarse junto al lecho donde yace su hijo herido. El cuerpo, enlutado, de la mujer, destaca sombríamente de las blancas ropas de la cama, de las blancas paredes del cuarto. El impresionante silencio la rodea. Sólo la leve respiración del muchacho. También el inmenso recinto del hospital parece inmerso en un mar de silencio. La madre bisbisea un rezo. La bombilla eléctrica, en la cabecera del lecho, expande tenue luz. El pálido perfil del torerillo se acusa sobre la almohada. Los ojos de la madre no tienen ya lágrimas. Su mirada es mortecina. Lentamente se pasa la mano por los canosos cabellos. Durante cierto espacio de tiempo ha vivido en un estado de sonambulismo. ¡Hondo sufrimiento por el hijo! En el corredor, ante la puerta del quirófano, ha intentado abalanzarse sobre la camilla, donde, inconsciente, yacía el torerillo. La enfermera, con dulzura, la detuvo: "¡Por favor, señora!" Entonces, ha sentido deseos de hablar, de derramarse en incontenible caudal de palabras: "¡Dios mío, qué desgracia! Desde hace una semana que nada sabía de él. Se escapa de casa. Marcha a las capeas de los pueblos. «No vayas, hijo», le digo. Pero es inútil. Su afición es más fuerte que mis ruegos. No atiende mis consejos. Soy viuda. El es bueno, sí; pero quiere ser torero. Está como loco. Dice que ganará mucho dinero. Soy asistente y me paso los días fuera de casa. Aún en nuestra pobreza me creía feliz cuando él era pequeño. Mi marido murió siendo él de tres años. Pueden imaginar cuánto habré luchado para salir adelante. De todos modos, aquello era mejor que lo de ahora. Le tenía siempre conmigo. Al crecer le puse a trabajar de fontanero. Pero no arraigaba en los talleres. Siempre a vueltas con su obsesión de torear. Claro, sus maestros le echaban a la calle, pues constantemente dejaba de acudir al trabajo. Yo predicaba en desierto. ¡Lo que llevo llorado! Días y días sin saber por dónde andaba, hasta que una noche aparecía, sonriente, por casa. Yo, viéndole, lo olvidaba todo. ¿Magulladuras? Muchas, sí, señor.

Pero, a Dios gracias, nunca de gravedad. El mes pasado cumplió diecisiete años. Es un muchacho alto y guapo. ¿Verdad, señorita? Es usted muy buena. Y el doctor también. ¿Curará? Dice usted que sí. ¡Gracias, gracias, que Dios se lo pague! Hace una semana huyó de casa. Seguro que a las capeas. Nunca, hasta que regresaba, he sabido por dónde iba. No quiera usted saber de mi zozobra. ¿Usted tiene hijos? ¡Ah, todavía no se ha casado...! Dispénsame. Hoy me dieron el recado de que se encontraba aquí, en el hospital. He llegado cuando le sacaban del quirófano. Son ustedes muy buenos conmigo. ¿Tardará en despertar? Estaré a su lado. ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué desgracia!"

La madre mira a su hijo. Este entreabre los párpados. Su boca se contrae en expresión de dolor. Lentamente abre los ojos y contempla con fijeza a su ma-

dre, que se inclina hacia él y le besa en la frente.

—¡Hijo mío!

El muchacho parece que retorna de un mundo misterioso y lejano. La madre le pasa el pañuelo por el rostro sudoroso.

La noche se asoma a los cristales del balcón.

—Madre, he tenido un hermoso sueño. Sí, soñé que comenzaba a ser un gran torero. Toreaba mi primera novillada con picadores. Nunca más volvería a los pueblos miserables, a las odiosas capeas. Dejaba de ser un maletilla. ¿Te das cuenta? Y mi novia era muy bonita. Sí, Rosarito se llamaba. Entonces... ¿Pero, qué es esto?

Intenta incorporarse en el lecho, pero la madre, dulcemente, le presiona para impedirlo.

—¡Por Dios, no te muevas!

—¡Madre, madre, mi pierna, mi pierna...! ¡Qué me han hecho, madre, qué me han hecho...!

Y un ronco sollozo quiebra el silencio de la noche...

SOLICITUD DE SUSCRIPCION

NORTE

REVISTA HISPANO - AMERICANA

SUSCRIPCION POR 10 NUMEROS \$ 50.00

NOMBRE -----

DIRECCION O APARTADO -----

CIUDAD ----- ZONA -----

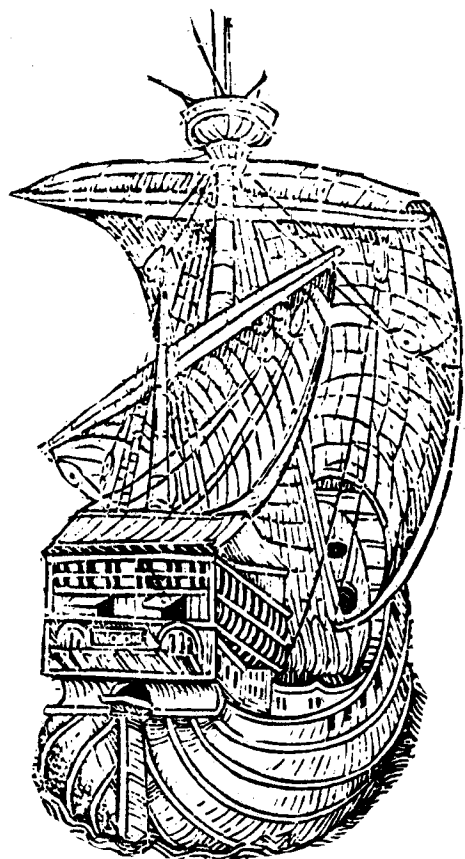
ESTADO O PROVINCIA ----- PAIS -----

ADJUNTO EN PAGO LA SUMA DE -----

PRECIOS:

Argentina	M\$N180	Guatemala	50¢
Bolivia	Bs. 6.00	Honduras	L 1.00
Brasil	NCr 1.20	México	\$ 5.00
Colombia	Col. \$8.00	Nicaragua	C \$ 3.50
Costa Rica	C 3.50	Panamá	50¢
Chile	E° 1.08	Paraguay	G 65
Ecuador	S/11	Perú	S/14
EE. UU.	50¢	Puerto Rico	50¢
El Salvador	C 1.25	Rep. Dominicana	50¢
España	P 25	Uruguay	Ur 40
		Venezuela	Bs. 2.25

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON, CON SU REMESA,
HOY MISMO A: FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA, A. C.
LAGO GINEBRA 47-C MEXICO 17, D. F.



PARA LA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS

por **Rafael Castejón**

EL LIBRO PERDIDO DE UN GRAN CORDOBÉS

Lindo librito el que ahora llega a nuestras manos. Es nada menos que la "Historia de la invención de las Indias", escrita hace cuatro siglos y medio por el famoso cordobés Hernán Pérez de Oliva, y casi desde entonces perdida.

Lo publica ahora, por primera vez, el profesor de español en la Universidad de Yale (Estados Unidos), don José Juan Arrom, quien lo dedica atentamente de esta manera: Para la biblioteca de la Real Academia de Córdoba, este libro de un cordobés de pro, editado por un admirador de la gran ciudad andaluza.

Así cuenta la historia. El 27 de noviembre de 1535, en una señorial casa sevillana, platicaban dos caballeros cordobeses, de poco más de treinta años ambos, uno el renombrado bibliófilo don Hernando Colón, hijo del gran almirante descubridor de América; el otro, don Fernán Pérez de Oliva, estudiante en las Universidades de París y Roma, y ahora profesor en Salamanca, donde llegó a ser rector. Muere con treinta y siete años, en plena madurez.

Pérez de Oliva ha ido a Sevilla a regalar al erudito paisano un ejemplar de su comedia "Anfitrión". Como otros hombres cultos de su tiempo, lleva la heroica tarea de enaltecer la lengua castellana y dejar el latín como lengua culta.

Inexcusablemente hablarían mucho de América, que entonces llamaban las Indias. Se comprometerían a escribir sendos libros sobre el ingente acontecimiento. Hasta entonces, sólo había una breve historia del humanista italiano Pedro Mártir de Anglería. Consecuencia del compromiso amistoso fueron el libro que escribió Hernando Colón sobre su padre, titulado "Vida del Almirante Don Cristóbal Colón", y el que escribiera Pérez de Oliva con el título arriba señalado.

El primero fue traducido al italiano, y por ahí

se salvó la obra, porque ya se sabe que ambos manuscritos originales se perdieron. El segundo debió pasar a la biblioteca colombina, pero se perdió, con las vicisitudes pasadas por este gran fondo libresco.

El manuscrito que aparece en Londres y lo adquiere un bibliófilo americano en subasta de la casa Sotheby en 1928, no es el original, sino copia posterior, pero fidedigna. Con gran aparato bibliográfico y fina crítica lo publica el profesor Arrom en el colombiano Instituto Caro y Cuervo, en bella y cuidada edición.

Se puede asegurar que esta obra de Pérez de Oliva es una de las dos primeras que sobre el descubrimiento de América se escriben en lengua española. La otra es la del gran cronista indiano Gonzalo Fernández de Oviedo. Poco tiempo después vienen las grandes obras de polémica del padre Vitoria, de las Casas, del cordobés Ginés de Sepúlveda. Son los titanes que cimientan la historia y la literatura de las Américas, junto con el inca Garcilaso, Ximénez de Quesada y restantes cronistas que les siguen.

Hernán Pérez de Oliva se revela en su espíritu de cordobés humanista y filósofo. Ha escrito el "Diálogo de la dignidad del hombre", entremezclado de proverbios de la más pura estirpe Seneca.

Y ahora, en la historia del descubrimiento de las Indias, escrita, como dice su editor, con estilo preciso, vigoroso y lúcido, que enriquece con terrosos aforismos y hasta se ilumina con leves toques de ironía, ha producido una obra modelo de excelente prosa artística del Renacimiento español.

Sea bienvenida la magnífica resurrección libresca. Por ella, América nos devuelve al cabo de cuatro siglos largos, aquello que llevamos los españoles a las Indias y que nunca se extinguirá por los siglos de los siglos, que es la obra del espíritu.

En *A. B. C. de Andalucía*, N° 19.454.

UNA ELEGIA OLVIDADA

por Valeriano Rico Soblechero

Pocas personas ignoran que se llama elegía a un “poema lírico en que se lamenta la muerte de una persona, o algún acontecimiento público o privado digno de ser llorado”.

Sabido es también, que una de las mejores poesías de este género en idioma castellano —quizá la mejor, sin entrar en polémica, desde luego— es la que escribió Jorge Manrique, en el siglo xv titulada “Coplas a la muerte del Maestre de Santiago, don Rodrigo”, su padre, en cuya composición poética cualquier estrofa causa nuestra admiración: “nuestras vidas son los ríos — que van a dar en la mar — que es el morir”.

Mas hay quienes afirman con plena seguridad que el poeta dijo que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”; y leyendo y releendo nosotros esa poesía sólo encontramos que Manrique escribió: “cuán presto se va el placer — como después de acordado da dolor — como a nuestro parecer — cualquiera tiempo pasado fue mejor”.

De que una cosa sea cierta a que nos lo parezca, media un abismo como fácil es comprender; pero en fin dejemos este asunto para su esclarecimiento a los eruditos, pues ni nos toca a nosotros dilucidar esta cuestión como ni tampoco es ella el objeto del presente artículo.

Nuestro deseo es sencillamente transcribir otra elegía, no tan universal ni tan famosa, desde luego, pero sí muy rica en contenido y emoción poética. Recordando estos días los tiempos de nuestra adolescencia, algunas de las estrofas de dicha poesía escrita hace como medio siglo, han vuelto a pasar por nuestra mente. Permitáscenos que hagamos antes de transcribirla un poquito de historia, pues ello contribuirá, según creemos, a comprender mejor el sentido y alcance de dicho poema.

Como en los viejos relatos comencemos por decir que corrían los últimos meses del año 1917... En la vieja ciudad castellana, al finalizar el mes de octubre, el dicho vulgar, popular, estaba otra vez en todos los labios:

“Por los Santos (1º de noviembre) nieve en los altos”.

“Por San Andrés (30 de noviembre) nieve en los pies”.

Y así ocurrió, en efecto, ese año... Las elevadas cresterías y picachos de la sierra de Guadarrama tales como La Mujer Muerta, La Maliciosa, Siete Picos, Peñalara, La Fuenfria, etc., que destacaban en lontananza, durante los meses del estío, unos por sus fuertes tonos azules y otros por el profundo verdinegro que ofrecían los tupidos bosques de pinaredas y encinares, se nos mostraba ahora, en su vertiente septentrional, cubiertos con un manto de impoluta blancura como si estuvieran arropados con lujosa túnica de armiño... Unas semanas después las torres, cúpulas, capiteles, tejados, almenas de las murallas y aún las calles y plazuelas de la ciudad, aparecían también recubiertos por una espesa capa de varios centímetros de espesor.

La llegada de la nieve todos los años era para nosotros, los muchachos que a la sazón cursábamos estudios del Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de la capital, motivo de gran júbilo, puesto que podíamos arrojarnos bolas al rostro, levantar con la misma nieve en calles y plazuelas colosales estatuas y sobre todo porque podíamos lanzarnos, como demonios en huida, a bordo de improvisados trineos sobre las empinadas calles de la ciudad —que son muchas— convertidas ahora, gracias a la nieve congelada, en excelentes pistas de patinaje. Una de las más

preferidas era la calzada o calle, en cuesta, que formaba una línea paralela a los arcos del monumento Acueducto, pues la parte opuesta, frontera a la que decimos, la componían o la componen amplias y numerosas escaleras de piedra que llegaban hasta la misma plazuela donde estaba ubicado el viejo Instituto. (De los golpes recibidos gracias a tan espectacular deporte, fueron testigos muchas veces los mismos arcos del famoso puente romano).

El clima de la ciudad con mucha nieve en las calles tenía una temperatura de varios grados bajo cero. No así lo que pudiéramos denominar “clima social” —en contraste con la habitual vida pacífica y tranquila de la capital— pues guardaba relación con el que existía entonces en España y sobre todo con el que imperaba en Europa, donde la cruel matanza de la Primera Guerra Mundial se hallaba a la sazón en todo su “trágico apogeo”.

No obstante que la producción de la nación hispana no era muy elevada, gracias a su neutralidad bien vista por las dos partes de la contienda, de España salían diariamente con destino a bandos beligerantes, toda clase de productos, principalmente alimenticios y mientras algunos negociantes sin escrúpulos hacían su dorado agosto, las clases populares sufrían la tremenda escasez de las subsistencias —como se decía entonces— y, por consiguiente, la exorbitante elevación de los precios.

Hubo en Segovia en aquellos días algunas manifestaciones callejeras, que fueron como se supondrá, pronta y enérgicamente reprimidas por los encargados de mantener el orden público.

También nosotros los estudiantes, para no ser menos, organizamos una huelga escolar que tuvo planteamiento en los

primeros días de diciembre con el motivo —o pretexto más bien— de algunas disposiciones equivocadas que adoptó el nuevo y flamante Director del Instituto. Por cierto, que dicho señor figuraba como “Jefe” del partido liberal de la provincia y por esta razón era bastante amigo de mi padre, lo que me valió para que durante todo el 6º curso y en su cátedra me hiciera el blanco principal de su enojo desde el momento que supo me había correspondido el honor de actuar

yo como uno de los líderes o dirigentes de aquel breve conflicto estudiantil.

La fría mañana en que iniciamos la huelga, nos presentamos muy temprano los alumnos del 6º año provistos casi todos de gruesos bastones o garrotes, delante de las verjas del Instituto, dispuestos a impedir a todos los alumnos la entrada a las clases. Con todo aquel aparato bélico nos comportamos bastante estúpidamente con los bedeles del Instituto —a quienes hicimos

objeto, como siempre, de nuestras burlas y menosprecio— y también con nuestros compañeros de los grados inferiores sin excluir, naturalmente, a nuestras amables condiscípulas, aquellas lindas señoritas de la ciudad que nos cautivaban a diario con su belleza, inteligencia, cordialidad y simpatía y que gozaban de toda nuestra estimación... (Pero los adolescentes, sobre todo si actúan impulsados por ideales superiores, suelen comportarse casi siempre así).

Recuerdo que entre las compañeras a quienes no permitimos la entrada a clase había una preciosa jovencita —apenas si habría cumplido los 15 abriles— de regular estatura, de lindo rostro casi un óvalo perfecto, grandes y bellísimos ojos negros y abundante y ondulada cabellera. Ella estudiaba entonces el 5º año del Bachillerato y era hija de un distinguido escritor y poeta de la ciudad, se llamaba Carmen Rodao.

La familia Rodao habitaba por aquel entonces en la empinada calle de que hicimos mención, frontera a los arcos del famoso puente romano. El padre, don José Rodao, hombre de mediana estatura, más bien grueso, de anchos hombros, amplia frente y pronunciada calva, era un antiguo funcionario burócrata de la Diputación provincial o del Gobierno civil de la provincia, no recuerdo bien este detalle. Había nacido en un pueblo de Segovia llamado Cantalejo, no lejos de otra población que responde al nombre de Cantimpalos, lugar muy renombrado por sus sabrosos embutidos. Don José usaba lentes y yo le veía pasar casi todos los días con su andar sosegado y tranquilo frente a mi vivienda, una modesta casa de huéspedes, cuando él acudía en las mañanas a la oficina pública o regresaba de su trabajo a su domicilio para comer.

Funcionario probo y hombre de gran talento, don José hubiera alcanzado fácilmente las cumbres de la fama, de haber vivido en una gran ciudad, en otro ambiente de más dilatados horizontes, en vez de circunscribirse, como hizo siempre, al estrecho marco de la vida provinciana donde no podían brillar en igual grado las luces de su privilegiado ingenio. Sin embargo, era muy conocido dentro del



gremio literario y sostenía frecuente correspondencia con el poeta salmantino Gabriel y Galán y con otros destacados literatos y periodistas de Madrid y provincias, que estimaban mucho a don José. Vivía la familia del sueldo burocrático del padre, pues la labor del escritor y del poeta, ni aún siendo famoso, es de aquellos oficios o modos de vivir que según la frase de Larra, "no dan para vivir".

Durante bastantes años, Rodao tuvo a su cargo la página literaria —aparecía todos los lunes— de un diario de la ciudad, "El adelantado de Segovia", muy similar a la que desde tiempo antes publicaba en Madrid el conocido periódico "El Imparcial". Allí don José mostró sus singulares dotes de culto y castizo escritor e hizo gala también de su talento poético, sobre todo en inspiradas composiciones que diríamos de tono alegre y festivo. Una breve poesía de este tipo, allí publicada, mereció, años antes, ser premiada en un notable certamen literario que se celebró en Segovia —o tal vez en una población muy cercana, el Real Sitio de San Ilde-

fonso o la Granja— lugar éste, cuyo suntuoso palacio y hermosos jardines versallescos tanto gustaba de visitar, sobre todo en el verano, la infanta doña Eulalia. La poesía premiada de Rodao se titulaba "El botijo" y su moraleja, o mensaje como diríamos hoy, era que "cuanta menos agua tenía un botijo, más había que elevarlo para poder beber". Otra, también festiva, que vio la luz en aquel suplemento o página literaria, tenía por tema el dinero y se titulaba "El vil metal". Recuerdo que terminaba así: "No, no es vil tan codiciado — rico, precioso metal — quien es vil en sumo grado — es el que lo emplea mal". Publicó muchas más, entre ellas una que dedicaba "A una vieja escotada", siempre en el mismo tono alegre, humorístico, más bien podríamos decir satírico.

Hombre de sólida cultura y y profundo conocedor del idioma, cuando Rodao escribía en prosa hacía gala también de un estilo pulcro y ameno.

Viviendo modestamente, aunque sin privaciones, el hogar de la familia Rodao era un hogar

feliz; así al menos nos lo parecía a todos hasta que llegó la primavera del año 1918, pues entonces en unos pocos días, víctima de rápida y cruel enfermedad, falleció la preciosa hija de don José, Carmen Rodao.

Casi todas las gentes de la ciudad viendo al poeta y escritor triste, abatido, sumido en su profundo dolor —ya en edad algo avanzada— pensaron con fundamento que aquel hombre difícilmente podría seguir escribiendo... Pasó mucho tiempo sin que pudiéramos leer en la página literaria que él tenía a su cargo, alguna nueva muestra de su florido ingenio. Hasta que un buen día, ya mediado el verano, conocimos una hermosa composición poética suya, una "elegía", como dijimos al principio de este artículo, de la cual vamos a copiar algunas estrofas, lamentando sinceramente no poder recordarla en su totalidad. La poesía comenzaba así:

CARTA A UN AMIGO

Comprenderás por qué no he
[contestado
a tu carta hace tiempo recibida

EMPRESAS LONGORIA, S. A.

DIVISION - MEXICO

ALGODON - BORRA

me encuentro en ese lamentable
[estado
en que se queda el alma dolorida
al ver cómo se trueca en un mi-
[nuto

la risa en llanto
la alegría en luto
sin encontrar placeres ni con-
[suelos
cual pájaro aturdido
que al ver que le arrebatan sus
[hijuelos
se esconde con sus penas en su
[nido.

Habla luego el poeta de su
hogar feliz y se refiere a la
muerte de su hija, de este mo-
do:

Segovia, la ciudad de mis amo-
[res
acudió con afecto que no olvido
y una lluvia de flores
llenó la estancia, en la que el
[ser querido
cerró sus ojos, nidos de alegrías
negros y grandes, cual las penas
[mías.

Y termina diciéndo:

Lo mismo que el actor que sale a
[escena,
para alegrar al público, y su pe-
[na llora entre bastidores,
volveré a mi tarea; algún lamen-
[to
acaso se me escapa entre algún
[chiste;
pero he de enmascarar el senti-
[miento.
¡Yo no tengo el derecho de estar
[triste!
Cuando la hija del alma se moría
por no aumentar su angustia, yo
[reía,
pues mi rostro entristecido
hubiera acelerado su agonía.
¡Soy maestro en fingir!
¡Tanto he fingido!

Ni las muchas horas trans-
curridas desde entonces —ale-
gres algunas, amargas y doloro-
sas las demás— ni la pátina del
tiempo, que todo lo borra, han
logrado impedir que desde la
modesta atalaya de nuestro des-
tino, evocáramos alguna vez al
inspirado poeta y escritor, dedi-
cando también un sencillo y
emocionado recuerdo a la me-
moría de su bella e inteligente
hija, muerta en un rosado día
abrilero, como si un hado fatal
quisiera cercenar en flor el por-
venir de una vida que se inicia-
ba como el dorado sueño de una
algre y rosada primavera.

SIEMPRE HAY UN PORQUE: ¿POR QUE DEBE USTED ANUNCIARSE EN LA REVISTA **NORTE**?

PORQUE

ESCRIBEN EN ELLA LAS
MEJORES PLUMAS DEL
MUNDO HISPANICO.

LLEGA A LECTORES DE
ALTO PODER ADQUISITIVO.

ES DIGNA DE ENTRAR A
SU HOGAR.

SU CIRCULACION ES
EFECTIVA.

EMPRESAS DE PRESTIGIO
SE ANUNCIAN EN SUS
PAGINAS.

SU MENSAJE PUBLICITA-
RIO SIEMPRE ESTA VIVO,
POR SER UNA REVISTA
QUE SE CONSERVA.

¡LOS ANUNCIOS DE **NORTE** VENDEN!
¡ANUNCIESE EN **NORTE**!

NOTAS SOBRE CARLOS FUENTES

La edición de *La muerte de Artemio Cruz* —que próximamente editará el Fondo de Cultura Económica—, es también una buena oportunidad para esbozar algunas notas provisionales sobre el arte de la novela en Carlos Fuentes, sin duda el narrador mexicano más importante y uno de los más significativos en esta hora de la lectura latinoamericana.

1

Muchas características se advierten como distintivas de la nueva narrativa latinoamericana. La persuasión crítica, es una de ellas; el interés por el mundo verbal, es otra.

Sin embargo, me parece que no se han señalado todavía dos características que la distinguen fundamentalmente: un impulso integrador, totalizante, que persigue conciliar en su visión del mundo los extremos más típicos de nuestra cultura; y como consecuencia de este impulso, una autocrítica al nivel mismo de la creación, o sea el cuestionamiento del propio instrumento, la revisión de la novela como género a partir de la misma novela. Ambos aspectos son visibles, en diverso grado, tanto en Cortázar como en Vargas Llosa, en García Márquez como en Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz* adelanta ya estas dos tendencias.

2

El impulso integrador se refiere a la necesidad que tiene el narrador de conciliar, a través de la novela, las dicotomías y escisiones de una cultura signada por el dualismo. Las oposiciones fatales que partieron tal vez de la segunda postguerra son particularmente sensibles en la confusión de arte y cultura en América Latina. Han escindido el arte en niveles supuestamente realistas y fantásticos, objetivos y subjetivos, puros y sociales, historicistas y esencialistas, etcétera. Cortázar en *Rayuela* y Fuentes en *Cambio de Piel* enfrentan esta dualidad dramática del "hombre latino" y hacen de la integración su voluntad de forma, su necesidad de síntesis.

La poesía de Octavio Paz, por ejemplo, persigue y logra esa síntesis en lo que él mismo anunciaba como arte de la conjugación. Y este impulso totalizador

diferencia, acaso con mayor nitidez, a la novela latinoamericana de otras tendencias de la narrativa actual.

3

La necesidad de quebrar las escisiones en el impulso de integrar distintas imágenes del hombre contemporáneo, hace también que el mismo trabajo narrativo sea cuestionado. Cortázar o Fuentes requieren criticar sus propios textos en el seno mismo de la creación novelesca: sus novelas se auto-observan, se interrogan para hacerse y deshacerse. Ya *La muerte de Artemio Cruz* —que tal vez configura el núcleo creativo de la obra de Fuentes— ofrecía, por eso, una estructura abierta: quebrando las supuestas unidades del naturalismo y aun del verismo tradicional, Fuentes tendía a una totalización en la simultaneidad, tendencia que desarrolla ampliamente en su última novela. La simultaneidad no es una técnica narrativa ni un simple signo de modernidad: más complejamente, equivale a aquel impulso integrador y a su necesario cuestionamiento en la forma. Es claro que los niveles de realidad haciéndose simultáneos, presentes en el instante, revelan una visión del mundo, o acaso la necesidad o el deseo de una visión semejante, dirigida por ese impulso integrador.

4

¿Cuál es el nivel de realidad, me pregunto, que crea una novela al rechazar, los esquemas veristas? Es obvio que su nivel de realidad se apoya en primer lugar en la capacidad designativa del lenguaje. Pero aquí no es el sólo lenguaje el factor que crea esta nueva realidad literaria: es, fundamentalmente, la forma, la construcción de las formas, el necesario relieve estructural para el relieve del lenguaje. Es por eso que la simultaneidad temporal y espacial que crea la estructura en *La muerte de Artemio Cruz*, establecen una parábola, una hipérbole sobre la otra realidad, la que rodea al lector. De aquí que la nueva novela latinoamericana no "refleja" la realidad social o vivida, no es ya más una novela-espejo, sino que forja un nivel distinto e independiente de realidad, como objeto que es en sí. Digamos que

por Julio Ortega

la novela no se parece ya a la realidad que nos rodea, sino que esta realidad puede o no puede semejarse a la realidad de esa novela. Dylan Thomas fue quien escribió: "El hombre es mi metáfora".

5

Junto a estas dos características, el arte de novelar de Carlos Fuentes reconoce su resorte en lo que él mismo ha llamado "ficcionalidad total". Todo lo que ocurre en la novela y todo lo que en ella se dice, para Fuentes, está unificado por el hecho de que se trata de una *ficción*, de una creación verbal y formal independiente en sí misma. Y este criterio es también válido para el trabajo de Vargas Llosa y García Márquez, quienes, significativamente, son fervorosos lectores de la novela de caballería. Con razón, Emir Rodríguez Monegal ha dicho que estos narradores son "eficaces constructores de máquinas de novelar".

Es revelador, en este sentido, que los monólogos del agonizante Artemio Cruz, siendo lo más verista en la novela es también lo más ficticio: la muerte de un personaje se basa enteramente en las posibilidades de la respiración verbal, del silencio interrumpido de los puntos suspensivos.

6

La energía creadora de Fuentes, su capacidad inmediata para hacer vivo un lenguaje, son evidentes en esta novela, y anuncian ya los tonos de un expresionismo figurante, de un barroquismo a punto de derivar en lo esperpéntico.

El mundo verbal de Fuentes revela por eso una compleja imbricación: desde el naturalismo hablado hasta el esquematismo conductista, desde el realismo que detalla hasta la metaforización poética. Y sobre todo, las enormes posibilidades de un barroco esperpéntico, de un expresionismo festivo. Como las formas, como los temas, también estos varios lenguajes reconocen la conjugación, la viva y agónica necesidad de totalizar una realidad nueva, cercana a la belleza y a las reconciliaciones del hombre y sus rostros en el instante de lo múltiple. *Lima, Perú, 1968.*



EL JAIBOL MAS SUAVE
Y MAS AMABLE
SE TOMA CON

BACARDI

Reg. S.S.A. No. 1893-B P-313/68.



CARTA DE ORO

Bacardi y el diseño del murciélago son marcas registradas de Bacardi & Co. Ltd.